

3374

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

DIANA

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

DON NARCISO GONZALEZ DE MESA.



MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

(Sucesor de Hijos de A. Gullón.)


PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.º

1892

20



DIANA



Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

DIANA

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

DON NARCISO GONZALEZ DE MESA

PC



MADRID
IMPRESA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

—
1892

PERSONAJES

—

DIANA.

BRÍGIDA, criada de Diana.

COLETA, muchacha del pueblo.

HUGO.

JUAN CABET.

CENTELLAS.

DIONÍS, padre de Coleta.

PEDRO, correo de Gabinete.

UN JUEZ.

UN ESCRIBANO.

UN FRAILE.

EL VERDUGO.

ALGUACILES, SOLDADOS Y GENTE DEL PUEBLO.

La acción tiene lugar en una ciudad de Flandes, por los años de 1573 á 1574.

Los sucesos del cuarto acto, acontecen seis meses después de la fecha que se fija en la escena XV del acto tercero.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á MI ESPOSA

LA SRA. DOÑA ROSARIO MOINELO Y DOMÍNGUEZ

En prueba de mi cariño.

Marciso González de Mesa.

Habana, 21 de Diciembre de 1891.

613267

NOTA DEL AUTOR

Como quiera que este drama fué admitido para su representación en el teatro de Novedades casi al ir á finalizar la temporada de 1885 á 1886, y entonces llevaba el título de MARIANA, y siendo ya con éste dos los dramas míos que se publican por la Galería Lírico-dramática del Sr. Fiscowich sin haber sido puestos en escena, debo decir algo del por qué de su variación de título y de por qué lo doy al público sin haber sido representado.

El que este drama lea ó lo vea representar (si alguna vez le cabe esa suerte), no ha de ser muy lince para comprender que *Diana*, el personaje principal de la obra, no es otra que doña Mariana Pineda, la heroica víctima que sacrificó en Granada el miedo y el rencor de un Gobierno despótico y tenebroso á fines del primer tercio de este siglo. Es claro que Diana resulta ser en mi drama lo que fué doña Mariana Pineda, y buen cuidado he puesto en que el carácter de mi personaje, sus acciones y vicisitudes, no me desmientan; sólo que por virtud de mi soberano capricho, Diana vive en Flandes y en el último tercio del siglo XVI, en vez de vivir en Granada en el año 1831; y así como doña Mariana Pineda sucumbió en la horca, yo á Diana la hago morir en la hoguera.

Entonces ya no es la misma, se me dirá.

No es la misma, es verdad; pero es otra tan idéntica, aunque colocada en otro país y en otra época, y es tan

semejante el medio ambiente entre que vivió doña Mariana Pineda y en el que yo coloqué á Diana, que bien puede ser que á aquélla le sucediera mucho de lo que yo invento para ésta, salvo la intercepción del indulto, medio éste del que me valgo para que la acción resulte más dramática y más tenebroso el carácter de Hugo, así como me valgo de la invención del fugado Juan Cabet para hacer resaltar más la bondad, la virtud, la serenidad de alma y la energía de Diana.

En 1851 una bandera tricolor y las ideas liberales infundían á los Gobiernos rencores y tan pánico terror, como en 1573 las doctrinas de Lutero y las ambiciones de Guillermo de Orange, allá por los Países Bajos.

En una y otra época, ¡cuántas Marianas y cuántas Dianas deben haber sido sacrificadas!

Escribí el drama con el título de MARIANA en 1884, y era mi protagonista la verdadera doña Mariana Pineda, y el lugar de la acción, Granada; y la época, los años de 1850 y 1851; pero después de escrito el drama, pronto noté que era crueldad, y mucha, poner el dedo sobre esa llaga aún abierta en el recuerdo de personas interesadas por el parentesco con la víctima y con los delatores, quizás viviendo todavía testigos presenciales y aun actores en aquel famoso proceso. Todo esto motivó que rompiese el drama escrito, y variando algo su argumento, trasladando la acción á otro país y á otra época, resultó otro drama distinto, aunque parecido; pero el personaje *Mariana* siempre me resultó el mismo, tal y cual yo lo había concebido en el primer drama, y tal y cual debió ser á juzgar por las noticias y antecedentes que me hube de procurar antes de escribirla. Y por eso en el segundo drama, que es éste, escrito bajo la idea del primero, dejé subsistente el título de MARIANA, y así lo presenté á la empresa del Teatro de Novedades en el invierno del

año 1885, dividida la obra en tres actos y un Epílogo, componiéndose el acto tercero de dos cuadros.

Presentado al empresario y apreciable actor D. Ricardo Morales por un amigo suyo y mío, le entregué el manuscrito, y á los muy pocos días me contestó que la obra quedaba aceptada para su representación, si bien se había visto obligado á hacerle algunas supresiones, porque el drama resultaba muy largo y la empresa tenía el compromiso de dar *funciones por secciones* á razón de dos dramas cada noche, aconsejándome de paso que hiciese resaltar más el carácter de *Coleta*, uno de los personajes del drama. Acepté las supresiones, acepté el consejo, y dejando al actor el manuscrito, puse manos á la obra de hacer más interesante el papel de *Coleta*, para lo cual me bastaba un borrador que yo conservé, pues todo el trabajo consistía en rehacer el *Epílogo*.

Se puso en ensayo el primer acto, según me dijo don Ricardo Morales, quien me invitó á que asistiese á los ensayos del acto segundo; y habiendo tenido yo á mi esposa enferma, ni me fué posible estar al tanto para que mi drama hiciese su camino, ni pude terminar el nuevo Epílogo hasta que ya casi expiraba la temporada de aquel año. Recibió el Sr. Morales el Epílogo rehecho y lo corrigió, diciéndome que estaba dispuesto á que el drama fuese puesto en escena, á pesar de que faltaban ya pocos días para la clausura del teatro; pero que sería mejor dejarlo para el año siguiente, porque á ningún autor le convenía estrenarse en las últimas representaciones de una temporada, ni á los actores les había de gustar estudiar una obra nueva para una sola representación.

Coincidió con esta advertencia mi traslación de destino á Granada, por lo que recogí el manuscrito de la obra que hoy doy al público, y á Granada fui, en cuya ciudad no me fué dable llevarla al teatro, porque la sola

vez que allí actuó en el espacio de dos años una compañía dramática (la de la señora Cirera), no había terminado de trasladar al limpio el manuscrito que me devolvió el Sr. Morales, cuyas supresiones y correcciones acepté, con las que estoy muy contento, porque el drama ha ganado mucho, y por lo que siempre le viviré agradecido. Y convencido de que el drama MARIANA era ya una obra de argumento convencional y de pura fantasía, no quedando del primero que escribí (del histórico) otra cosa que la identidad del carácter, virtudes y vicisitudes de la heroína, le he cambiado el título que le puse por el que ahora lleva.

No siendo frecuente la venida de compañías dramáticas á esta capital de la Gran Antilla, y trayendo su repertorio, si acaso vienen, para satisfacer al público en el breve período de tiempo que aquí permanecen; y no siendo fácil conseguir sea este drama puesto en escena en Madrid en otro teatro que el de Novedades; por su sabor melodramático, en cuyo teatro no conozco en la actualidad á nadie que me pueda recomendar, porque *recomendaciones* suelen necesitar en estos tiempos los dramas para colocarse (salvo raras excepciones), ni más ni menos que como los hombres que solicitan un destino para comer, á fin de que no duerma por más tiempo en los cajones de mi bufete, he decidido su publicación para ver si así consigo siquiera que sea criticado, aunque también para eso suelen necesitarse recomendaciones.

ACTO PRIMERO

Sala decentemente amueblada. La acción, por la tarde, poco antes de anochecer. Al fondo de la sala está la puerta de entrada. A la izquierda hay otra puerta y en el costado lateral derecho hay una puerta y una ventana. Cerca de la ventana, sentadas en torno á un velador, se hallan Diana y Brígida trabajando en labores de costura.

ESCENA PRIMERA

DIANA y BRÍGIDA

DIANA. Está anocheciendo.

BRIG. Estas tardes de invierno son muy cortas.

DIANA. Pues es necesario concluir esta tarea.

BRIG. Trabajáis mucho, señora. Joven, viuda, hermosa, no rica, pero con recursos para pasarlo bien... no sé por qué os afanáis tanto.

DIANA. Lo mío es bastante para mí, y aún me sobra, pero no tanto como yo quisiera.

BRIG. Hay que admiraros.

DIANA. Como es poco lo que me sobra después de cubrir mis necesidades, no hay otro remedio que trabajar para ganar más.

- BRIG. Toda exageración es mala. Os estáis matando y nadie os lo agradece.
- DIANA. No te creo. Los pobres siempre agradecen lo que se hace por ellos.
- BRIG. Los pobres son muy desagradecidos, creedme: y sobre todo, esa clase de pobres que os inspiran lástima.
- DIANA. ¡Infelices! Inocentes son los más.
- BRIG. ¡Pero si todos son herejes! Ya vendrán mejores tiempos.
- DIANA. Mi espíritu lo adivina. Los martirios siempre son fecundos.
- BRIG. No veo ensartar la aguja. (Esta mujer es buena de puro vanidosa.)
- DIANA. Ahora encenderás luz; espera que acabe de anochecer.
- BRIG. La verdad es, que mejor estaríamos paseando á pesar del frío.
- DIANA. ¡Paseando! No hay familia que no esté de duelo. No puedo yo vivir alegre cuando otros padecen.
- BRIG. Es lo cierto que de duelo sólo están los malvados. Pues buen remedio: que sean buenos.
- DIANA. Ya no se vé. Hay que encender luz. (Dejan de trabajar. Se levantan de sus asientos y conducen el velador, las sillas y la costura al centro de la sala. Mientras hacen todo esto siguen hablando)
- BRIG. La verdad es que la ciudad parece un desierto.
- DIANA. Como todos temen amanecer en la cárcel ó en el patíbulo, nadie va á parte alguna.
- BRIG. Todos, no. Por cierto que á vos no os arredra ir á la cárcel.
- DIANA. Todos los días iré en tanto que me sea posible y me lo permitan.
- BRIG. No me hace gracia acompañaros.
- DIANA. No me acompañarás; iré sola. No á todos nos complace enjugar las lágrimas de los desgraciados.
- BRIG. (Esta mujer es insufrible.)
- DIANA. En socorrer y consolar á los pobres y á los presos, hallo mi suprema felicidad.

BRIG. (¡Ya! Porque la tengan por santa.)

DIANA. Trae luz, pues urge concluir y entregar esta labor.

BRIG. Lo que yo digo, señora, es por vuestro bien. Cualquiera día os levantan una calumnia, y en lugar de ir á la cárcel á socorrer y consolar, os quedáis allí sin quien os socorra.

DIANA. Todo podría ser, pero no lo temo. Trae luz y no me turbes el ánimo con tus augurios. (Vase Brígida por la puerta del foro)

ESCENA II

DIANA

¿Y por qué he de temer? Cumplo mi obligación, cumplo con los preceptos de la caridad cristiana, sin mezclarme á dar ni á aquitar la razón. Si me persiguen los hombres, Dios me premiará. ¡Bienaventurados los que padecen persecuciones por la justicia! (Vase por la izquierda. En el instante mismo en que Diana desaparece entra en escena Brígida, que trae en la mano una lámpara encendida, dejándola sobre el velador. Después cierra la ventana.)

ESCENA III

BRÍGIDA

Santas y buenas noches. ¡Calle! No está aquí la virtuosa. ¡La virtuosa! Soy ya muy vieja para que me engañen. ¿Una mujer tan hermosa, de apenas veinticinco años y sin amante? Increíble es. ¿Estará rezando? Dios no me perdone si creo que ella reza. Para mi gusto es luterana. Yo no sé nada, pero... En fin, me es igual. Cerré la ventana por si viene el señor Hugo. ¡Qué buen señor! ¡Qué espléndido! Bien me paga mi oficio. Por cierto, que lo hago muy mal y adelanto poco. Hoy, aún no le he hablado á Diana de

él. ¿Si pensará la tonta que la sirvo con gusto por los dos escudos que me paga? ¡Ay! Si da en seguir virtuosa ó viuda, me arruino. ¡La detesto!

ESCENA IV

BRÍGIDA y DIANA

- DIANA. ¿Hablas sola? ¿Estás murmurando?
- BRIG. ¿Yo murmurar?
- DIANA. Me pareció.
- BRIG. Señora, es que rezaba.
- DIANA. Vamos á coser, á concluir esta obra.
- BRIG. Pronto estará. Yo soy trabajadora y vos coséis mucho y bien. (Halaguémosla.) (Se sientan á coser cerca de la luz.)
- DIANA. Urge, porque Coleta quiere llevar á su pobre padre una prenda de abrigo. ¡En la cárcel se siente mucho frío, y como el padre de Coleta está enfermo, y yo la quiero tanto!
- BRIG. Sí, excusáos ahora con el cariño que tenéis á Coleta. Achaca llo mejor á vuestra bondad, á vuestro deseo de hacer bien sin mirar á quién.
- DIANA. No lo niego; pero eso no quita que yo quiera á Coleta. Y al quererla, siento mayor placer aliviando las miserias de su familia.
- BRIG. ¡Siempre tan buena! Digo, no; porque algo tenéis de cruel.
- DIANA. ¿Yo?
- BRIG. (Ya planteé la cuestión.) Vos, sí; porque esa misma y superior bondad, ese continuo placer de la caridad, es seguro que redundará en perjuicio de alguno ó de algunos.
- DIANA. No te comprendo.
- BRIG. ¿Es posible creer que en la ciudad no haya un hombre, ó varios, que por vos vivan muertos de amor?
- DIANA. No lo creo. Vivo retraída, fiel á la memoria de mi espóso.

- BRIG. Pues los hay.
- DIANA. ¿Cómo? ¿Tú lo sabes?
- BRIG. Debe haberlos, quise decir.
- DIANA. Me habías alarmado.
- BRIG. (¡Mojigata!) Mujer que reúne virtud y tantas gracias, por fuerza tiene adoradores.
- DIANA. Lo ignoro. No lo creo; pero si los hay, pierden el tiempo. Quiero decir que lo perderían, si se atrevieran...
- BRIG. Esa es la crueldad de que yo hablaba. Vos, ¡ya se ve! no reparáis. ¡Siempre tan seria! ¡Pero si viérais, como yo veo, el efecto que producís!...
- DIANA. ¿Tú sabes?..
- BRIG. No os alarméis; yo no sé nada, ni he visto rondador alguno.
- DIANA. Entonces, no formes juicios temerarios.
- BRIG. Yo soy vieja, señora, ¡y he visto tanto! El amor nunca está ocioso. El amor está en la vida, y por fuerza hay almas que penan... porque vos su pena no consoláis.
- DIANA. No es culpa mía. Cambia de conversación.
- BRIG. Esta noche tarda el señor Hugo en venir.
- DIANA. Siempre viene más tarde. Vendrá, de seguro. Agradezco su asiduidad, porque es desinteresada.
- BRIG. Tal vez no
- DIANA. Dos años hace que me visita todos los días, desde la muerte de mi esposo.
- BRIG. Pues por eso.
- DIANA. Siempre comedido, respetuoso, breve en sus visitas.
- BRIG. Pues por eso.
- DIANA. Nunca me habló á solas, ni lo pretendió.
- BRIG. ¿Tímido? Síntoma de *el* amorado.
- DIANA. Era muy amigo de mi Rafael.
- BRIG. Tal vez desea heredar á su amigo.
- DIANA. Por haber sido amigo de Rafael le recibo, y porque su conducta no me da que sospechar. Dice la gente que es duro de corazón, vanidoso, enemigo de todo

adelanto, de toda mejora... Si eso es verdad, lo deploro; pero conmigo se porta con mucha discreción.

BRIG. Ya terminé mi costura, ¿y vos?

DIANA. Ahora mismo. En seguida vas á la tienda, haces la entrega y traes el dinero. (Brígida esta ya de pic.)

BR.G. Pensar que un caballero joven, apuesto, rico y elegante visita todos los dias á una mujer de vuestras prendas, ¿y pensar que no está de vos enamorado? Eso sólamente lo puede pensar y creer la que es suma virtud y suma bondad.

DIANA. Pues por si acaso es eso, y te agradezco el aviso, voy á procurar que me visite más de tarde en tarde.

BRIG. (Sombria.) ¡Ay de tí, si tal haces!

DIANA. Ya concluí. Ayúdame, Brígida, á doblar. Aún es temprano... hay tiempo. Ve y no tardes en volver. No quiero estar sola, por si viene el señor Hugo.

BRIG. Yo nunca me tarðo, señora. Si me detengo, es en la iglesia.

DIANA. Esta noche, ni eso.

BRIG. (Murmurando, pero con intención de que Diana la oiga.) También es fuerte cosa, que no pueda una rezar sus oraciones.

DIANA. Rezarás en casa, á la vuelta. Mi reputación exige que ese caballero no me halle sola.

BRIG. ¡Tonta! Pues por eso tardaré.) Volveré en seguida.

DIANA. Cierra bien la puerta.

BRIG. (Pues no la cierro.) (Vase Brígida por la puerta del fondo.)

ESCENA V

DIANA

¡Amor!... ¿amar yo? ¿Por qué no amo? Amé á Rafael con delirio y con ternura. Algo amo yo ahora, algo que no acierto á definir, algo grande. El bien, ¡sí! ¡amo el bien! Pero, ¿amar al señor Hugo? ¿al azote de los que padecen? ¿al enemigo de los que piensan y

de los que sienten? ¡Nunca! Si yo he de amar algo, no es eso.

ESCENA VI

DIANA y JUAN

Juan entra por la puerta del fondo, despavorido, desgarrados los vestidos, ensangrentado el rostro, y en cuanto ve á Diana va como á ampararse de ella, y se arroja suplicante á sus piés.

DIANA. (Al verle.) ¡Ay!

JUAN. ¡Señoral ¡compasión, señora!

DIANA. ¿Qué queréis? ¿Quién sois?

JUAN. ¡Piedad, señora! ¡piedad!

DIANA. Alzad. ¿Qué pasa?

JUAN. Me persiguen.

DIANA. ¿Quién?

JUAN. La justicia.

DIANA. Bien. Alzad; serenáos un poco y pensad lo que conviene hacer.

JUAN. Perdonadme, señora, ó no me alzo.

DIANA. Perdonado estáis.

JUAN. ¡Oh, gracias! (Se pone de pié.)

DIANA. Tomad aliento, sentáos y hablad. (¡Pobre joven!)

JUAN. No me han visto entrar. Los Alguaciles perdieron mi pista muy lejos de aquí.

DIANA. Pero ¿quién sois? ¿por qué os persiguen?

JUAN. Soy... un fugado de la cárcel. Soy... ¡un sentenciado á muerte!

DIANA. ¡Cielos!

JUAN. No os asustéis, señora. ¡Tened lástima de mí! ¡Amparadme en trance tan horrible, en momento tan solemne! (Vuelve á caer de rodillas á los piés de Diana.)

DIANA. ¡Infeliz! ¿Y si vienen? ¿Y si registran la casa? Huid, huid.

JUAN. ¡Imposible! ¡Mi salvación está aquí!

DIANA. Pero alzad, y hablemos de una vez. Sentémonos, contadme vuestra situación y deduzcamos de ella el remedio que puede aplicarse á caso tan grave. (Se sientan. La agitación que le posee obliga á Juan á moverse, á mirar y oír con desconfianza, y cuando se exalta se pone de pié.)

JUAN. Mañana debía morir.

DIANA. ¡Qué horror!

JUAN. ¡Es horroroso, sí! ¡Horroroso es despedirse de la vida joven, lleno de alientos, de esperanza y de generosidad! ¡Horroroso es contar por las pulsaciones los instantes que se suceden, y pasan y no vuelven, y saber así los momentos de vida que nos quedan.

DIANA. Calmáos.

JUAN. ¡Amar la luz, amar la vida, amar con el alma y saber en cuál instante va á desgarrarnos la existencia la inexorable ley humana! ¡Eso es horrible, señora; vos lo habéis dicho!

DIANA. ¿Por qué os han sentenciado?

JUAN. Por conspirador y por hereje. Ese fué el pretexto; pero esto es largo de contar. ¡Ah, señora! Si supiese el rey los abusos que se cometen á la sombra de su poder; si conociese las iras y los odios que se desenvuelven y las venganzas que se logran, pretextando amor que no le tienen y servicios que no le hacen, ¡cómo castigaría á esos traidores!

DIANA. ¿Cómo os llamáis?

JUAN. Juan.

DIANA. ¿Juan nada más?

JUAN. ¿Para qué decir mi apellido? ¡Oh, no es desconfianza, señora!... Si me aprisionan de nuevo y muero en horca, ó en hoguera, mi apellido debe olvidarse. Si escapo de tan afrentosa muerte, si huyo, si gracias á vos me salvo...

DIANA. Eso, eso es lo que importa. Veamos cómo puede ser.

JUAN. Dadme asilo hasta la media noche.

DIANA. ¿Y mi honra? Viuda y joven, y acechada...

JUAN. Tenéis razón, señora: la honra es más que la vida.

¿Qué importa la vida de un hombre ante la honra de una mujer? Señora, perdón y adiós. (Hace como que se va. Diana lo detiene con viveza.)

DIANA. ¡Jesús! No, hombre, no. ¿Dónde vais?

JUAN. A donde me lleve la suerte.

DIANA. ¡Quieto! ¡quieto aquí!... No me extraña: el alma herida, el corazón lastimado...

JUAN. El corazón lastimado mana sangre; el alma herida se revela.

DIANA. Vamos, sentáos otra vez.

JUAN. La casualidad me condujo á esta casa. ¡Bendita sea la Providencia! Vos sois buena. Yo os conozco.

DIANA. ¿Me conocéis?

JUAN. ¿Quién no conoce á la madre de los pobres, á la que consuela á los presos y ampara á todos los desvalidos? En la cárcel os he visto muchas veces... antes os conocía ya. ¿No es verdad que no me dejaréis sin amparo? Asilo hasta media noche, no pido más.

DIANA. Bien, sí; pero es el caso que yo no vivo sola. Temo á la indiscreción, á la fatalidad.

JUAN. Tengo amigos y dinero; dinero y amigos me facilitaron la fuga. Me esperan á la media noche. Con un buen caballo pronto llegaré á la frontera.

DIANA. ¿No conspiráis?

JUAN. Ni conspiro ni he conspirado.

DIANA. ¿No sois hereje?

JUAN. Ferviente católico soy.

DIANA. Si viniese la justicia... si sospechasen que estábais aquí... ¡Dios mio!

JUAN. ¿Tenéis miedo? Entonces... (Hace ademán de levantarse de la silla.)

DIANA. (Con viveza.) Temo por vuestra vida.—Pero ya estáis menos agitado. Debéis tener frío, hambre y sed.

JUAN. Tengo sed; sed de la fiebre que me devora: sed es lo que tengo.—Sueño, necesidad de reposo, es lo que siento; pero no dormiré. No es posible dormir al que no sabe cómo ha de despertar. (Saca un pañuelo y se

limpia el sudor de la frente. No vuelve á guardarlo, y sin saber lo que hace, febril, lo pasa de la una á la otra mano hasta que, distraído, lo deja caer al suelo.)

DIANA. Voy á traer un poco de vino generoso.

JUAN. Y mucha agua, porque me abraso.

DIANA. Voy teniendo confianza. Pasa el tiempo y nada turba la tranquilidad.—Voy por el agua. ¿Queréis comer algo? Fiambres tengo.

JUAN. Beber nada más. (Vase Diana por la puerta del fondo.)

ESCENA VII

JUAN

¡A dónde me ha traído la casualidad! ¡Y en qué momentos! ¡Destino inexcrutable! ¡Amarla tanto tiempo, bendecirla en silencio y deberle ahora mi salvación!

ESCENA VIII

JUAN y DIANA

Diana trae en una bandeja una copa con vino y un vaso con agua.

DIANA. Ya estoy aquí.—Cerré bien la puerta de la casa.—Bebed. (Juan se pone de pié y bebe con ansia.)

JUAN. ¡Gracias! (Se oye golpear en una puerta, por el foro.)

DIANA. (Asustada.) ¡Llaman!

JUAN. Ocultadme, abrid, y sea lo que Dios quiera. (Vuelven á repetirse los golpes.)

DIANA. Prisa trae el que llama.

JUAN. Pues abrid pronto.

DIANA. (Señalando á la puerta de la izquierda.) Ese es mi dormitorio, lugar seguro, si no es la justicia. (Coloca la bandeja sobre el velador.)

JUAN. ¿No tiene otra puerta esta habitación?

DIANA. Esta sólo; pero entrad tranquilo. La alcoba de una mujer honrada es un lugar infranqueable. (Llaman por tercera vez)

JUAN. Se impacientan.

DIANA. (Alzando la voz.) Voy en seguida. (Vase por la puerta del fondo.)

ESCENA IX

JUAN

¡Cuánta ansiedad! (Escuchando.) No son los esbirros de la justicia. (Vase por la puerta de la izquierda, cerrándola.)

ESCENA X

DIANA y COLETA

DIANA. ¿Por qué llamabas con tanta prisa?

COLETA. Vengo muerta de miedo.

DIANA. ¿Qué te asusta?

COLETA. Y al mismo tiempo me alegro.

DIANA. ¿Qué pasa?

COLETA. ¡Ahí es nada! ¿No sabéis? Se ha fugado un preso de la cárcel: un reo de muerte.

DIANA. ¿Sí? No sabía nada. Cuenta... cuenta.

COLETA. Pues si señora; el señor Juan Cabet.

DIANA. ¿Cabet?

COLETA. ¿Por qué os sobresaltáis?

DIANA. No, hija mía, no. Es el afán de la curiosidad. Prosigue, prosigue.

COLETA. Tengo mucha sed. Ya se vé: el susto y lo que he corrido. Aquí hay agua. (Repara en el vaso que hay sobre el velador y se bebe la poca agua que dejó Juan.) Poca dejó la visita.

DIANA. (Con viveza y asustada.) ¡Si no he tenido visita ninguna! Eso lo trajo Brigida para mí.

COLETA. ¿Y el vino? Vos no bebéis vino.

DIANA. (¡Torpeza mía!)

COLETA. (Afligiéndose.) ¡Ya no me queréis!

DIANA. Sí, hija mía, sí; pero no me gustan las muchachas curiosas y preguntonas.

COLETA. ¡Ya no me queréis! Os veo asustada, conmovida; veo pruebas de que aquí ha estado alguièn, y como vos no tenéis secretos, y como yo os quiero mucho, deseaba enterarme, por si se atreven á daros algún pesar. (Con bravura y desgarro.) El que se atreva con vos, se acuerda de Coleta. ¡Por mi madre!

DIANA. Sí, visita tuve y le dí ese agasajo; pero el susto que me notas es inquietud por ese pobre Cabet. Prosigue tu relato.

COLETA. (Cuando ella miente... algo oculta, á alguno favorece.)

DIANA. Vamos, cuenta.

COLETA. (Mucho ha tardado en abrir.)

DIANA. ¡Coleta!

COLETA. Pues señor, que don Juan Cabet, rico y guapo mozo, preso por sus amores á cosas que dicen que no son buenas, se fugó de la cárcel, y que era reo de muerte, ya lo dije. Tuvo el caballero la mala suerte de ser descubierto en su fuga, y por calles y plazas, y por huertos y tejados, lo han perseguido como á una fiera. Por fin, se les ha ido de entre las manos. ¡Me alegro! Está la ciudad que parece que vienen los franceses. Los Alguaciles corren, gritan, aullan; los Soldados están sobre las armas... ¡Gran belén! ¡gran belén! (Se aflige de pronto y se limpia las lágrimas con la punta del delantal.) ¡Lo siento por mi pobre padre! En las cárceles, siempre que se fuga alguno, lo pagan los infelices que se quedan. Seguro es que no me le dejan ver más.

DIANA. Mañana iremos á verle, pero es de necesidad que esta noche le llesves con qué abrigarse. Brígida fué por dinero y no debe tardar.

COLETA. Y mi padre estará contento, de seguro. Mi padre

quiere mucho al señor Juan Cabet. Es el que siempre nos daba trabajo; y si no es por él, mal lo hubiéramos pasado en ocasiones. Yo le quiero muchísimo.

DIANA. ¿Le conoces tú?

COLETA. ¡Ya lo creo! ¿Cómo no he de conocer al que ha sido ángel tutelar de mi familia, después de vos? Vos también le conocéis.

DIANA. ¿Yo?

COLETA. Le habéis dado consuelo con vuestras bondadosas palabras.

DIANA. ¿En dónde?

COLETA. En la cárcel. ¡Por cierto que os miraba de un modo!

DIANA. No lo recuerdo.

COLETA. ¡Pobre señor Cabet! Toda la ropa blanca se la marcaba yo. Con lo que me pagó por los últimos lenzuolos que le bordé, pude comparar el vestido que llevo encima. Ya sabéis que yo no bordo mal.

DIANA. Mañana te regalaré yo otro vestido.

COLETA. ¡Qué buena sois! Pero... y esto, ¿qué es? (Repara en el pañuelo que se le cayó á Juan y lo recoge y lo examina con detención.) ¡Un pañuelo... y fino, de batista!

DIANA. Sí, sí, es el mío. (¡Otra desdicha!)

COLETA. Tiene sangre y polvo.

DIANA. Dámele acá. El polvo es del suelo, y la sangre... que me he pinchado.

COLETA. ¡Es singular! Estas cifras las he bordado yo. ¿A ver? J. C. Justo; esto dice: Juan Cabet.

DIANA. (Tapando la boca á Coleta.) ¡Silencio! ¡Silencio, desdichada!

COLETA. ¡Por Dios, señora! ¡que me ahogáis!

DIANA. Si pronuncias ese nombre, me pierdes.

COLETA. ¡Ha estado aquí! (¡Cuando yo decía!...)

DIANA. Estuvo y se fué.

COLETA. Fortuna ha sido que yo haya visto todo esto; fortuna ha sido y no poca. ¡Buena la hacemos si lo llega á ver la vieja Brígida, tan habladora como es! Ya me contaréis mañana, cuando estemos más serenas.

DIANA. Fortuna ha sido: tienes razón.

COLETA. No hay que perder tiempo. Los vasos á la alacena y el pañuelo al fuego. (Aquí debe estar oculto.) (Se lleva la bandeja y el pañuelo; pero antes de salir por la puerta del fondo, echa una mirada á la puerta del dormitorio de Diana.)

ESCENA XI

DIANA

Es verdad: fortuna ha sido. Si Brígida ó Hugo llegan á ver lo que Coleta, soy perdida y se pierde ese infeliz Cabet. ¡Qué angustia! ¡qué temor! ¡Con qué lentitud pasa el tiempo esta noche! ¡Dios quiera protegenos!

ESCENA XII

DIANA y COLETA

COLETA. Ya no hay rastro. Hasta que se promulguen leyes más justas, hay que vivir muy alerta.

DIANA. Dios te lo pague.

COLETA. ¡Caramba! ¡y me queríais ahogar!

DIANA. Perdona.

COLETA. ¡Chist! Oigo abrir la puerta.

DIANA. Será Brígida, que tiene llave.

COLETA. Ella debe traernos noticias recientes.

ESCENA XIII

DIANA, COLETA y BRÍGIDA

BRIG. Vengo horrorizada. Aquí está el dinero; tres escudos. ¡Jesús, Jesús, Dios nos asista!

DIANA. ¿Qué tienes?

COLETA. ¿Qué sucede?

BRIG. ¡Ahí es nada! La ciudad está alarmada. Se ha fugado de la cárcel un bandido, un monstruo. ¿Qué digo? Un monstruo es poca cosa. Se ha fugado un traidor, un hereje, un partidario de las doctrinas de Lutero, un orangista. Le buscan por el arrabal.

DIANA. ¡Ah!

BRIG. Pero que le echen galgos. Las autoridades le suponen ya lejos y salvado.

COLETA. ¡Alabado sea Dios!

BRIG. ¿Eh? Permita Dios que lo atrapen. Un alguacil amigo mío cree que aún no ha salido el prófugo de la ciudad.

DIANA. ¿Eso dicen?

BRIG. Lo que es yo, como supiese dónde se oculta, le denunciaba y á los encubridores también. (Diana no puede resistir la emoción, y cae temblorosa en una silla mirando con inquietud á la puerta de la izquierda. Brígida no se fija en esta circunstancia, pero Coleta si.)

DIANA (¡Protéjele, Dios mío!)

COLETA. (La señora está asustada. Oculto le tiene.)

BRIG. No saldría yo esta noche á la calle por nada bueno.

DIANA. (Hay que alejar á esta furia todo el tiempo posible.)

COLETA. ¿Estáis enferma, señora?

DIANA. Estoy inquieta. Tengo miedo, como Brígida.

BRIG. ¡Y pensar que vivimos solas dos mujeres indefensas!

DIANA. Esta noche debía Coleta hacernos compañía.

BRIG. Bien pensado.

COLETA. Yo, con mil amores; pero debo avisar á madre para que no pase cuidado por mí.

DIANA. Es justo. Toma, Coleta, el dinero que me dió Brígida. Llévalo á tu madre, y que tu hermana Berta compre el abrigo para tu padre.

COLETA. Gracias, señora, gracias. Mujer tan buena ha de ganar el cielo. (Besa una mano á Diana.)

BRIG. (Así se cobra fama.)

DIANA. En tales circunstancias y á estas horas no está bien que vaya una muchacha sola por la calle. Brígida te acompañará.

BRIG. ¿Yo? ¡Vaya! Acompañar á una moza que tiene más bríos que un dragón.

COLETA. Mucho que sí.

DIANA. Brigida, obedece y calla. Peor será que pasemos la noche sin su compañía.

BRIG. Vaya sola y vuelva sola.

DIANA. No le permito volver si no la acompañas.

BRIG. ¡Si es que tengo mucho miedo!

DIANA. Con más temor quedo yo mientras volvéis.

COLETA. Vamos, señora Brigida, vamos.

BRIG. ¿Miedo aquí? ¿Quién se ha de atrever á darnos un susto? Nadie. Todo el barrio sabe que aquí visita el muy noble y muy poderoso señor Hugo.

DIANA. ¡Ah, qué idea! Bien discurrió.)

BRIG. La justicia no ha de atreverse á sospechar de esta casa.

COLETA. Claro es que no, ni nadie.

BRIG. Y el prófugo no vendrá por acá por la cuenta que le tiene.

DIANA. ¡Que se hace tarde!

BRIG. (El señor Hugo no ha venido aún. Debo marcharme y dejarla sola.) (Llaman á la puerta de la casa.) El señor Hugo debe ser. Voy á abrir.

ESCENA XIV

DIANA y COLETA

DIANA. (¡Malhaya mi suertel) (A Coleta.) Haz de modo que volvolváis pronto.

COLETA. No hemos de tardar.

ESCENA XV

DIANA, COLETA, BRIGIDA y HUGO

Brigida entra detrás de Hugo, adulándole.

HUGO. Buenas noches, Diana.

- DIANA. Muy buenas, señor Hugo.
- BRIG. (A Hugo.) ¡Qué tarde! ¡qué tarde! Nos tenéis muy olvidadas.
- HUGO. Los negocios públicos...
- BRIG. Tomad asiento, caballero. Aquí, en esta silla.
- HUGO. Si Diana me da permiso...
- DIANA. Sentémonos. Y vosotras, ya sabéis.
- BRIG. ¿A ver? Este pobrecito señor trae muy mojada la capa. La extenderé un poco para que se seque. En esta silla... ó si no, mejor estará entre estas dos. (Toma la capa de Hugo y la tiende, colgada de dos sillas que coloca al lado de la puerta de la izquierda; pero sin que impidan el paso al dormitorio de Diana.)
- COLETA. Señora Brígida, ¡que se hace tarde!
- HUGO. (A Diana.) ¿Se marchan?
- DIANA. Por poco tiempo: volverán pronto...
- HUGO. (Al fin le hablaré sin testigos.)
- DIANA. Ya veis, señor Hugo, la confianza que me inspiráis.
- HUGO. La merezco.
- BRIG. Ya está tendida. Vámonos, si mi señor Hugo no dispone otra cosa.
- HUGO. (Á Brígida, con intención.) Gracias, muchas gracias por vuestro celo, madre Brígida. Nada tengo que desear.
- BRIG. Entonces, adiós.
- HUGO. (Á Diana.) Es muy buena.
- COLETA. (Desde la puerta del fondo, al irse con Brígida.) ¡Muy buena... muy buena!... (¡para emplumarla!)

ESCENA XVI

DIANA y HUGO

- HUGO. Duros tiempos corremos. Temí que esta noche la sagrada [obligación de velar por el orden me vedase venir.
- DIANA. ¿Peligra el orden?
- HUGO. No, precisamente hoy, en este momento. Pero si las autoridades continúan tratando con suavidad á los

enemigos nuestros y de Dios; si el Duque de Alba no llega pronto, ¿quién es capaz de saber lo que sucederá? Es el Duque gran amigo mío.

DIANA. Pero ¿qué ha pasado hoy?

HUGO. Hoy poca cosa, y me importa más á mí que al Gobernador. Un enemigo mío se ha fugado de la cárcel. Es hombre peligroso para mí y para las instituciones. La vida daría yo por apresarle; pero ni los jueces ni el Gobernador despliegan la energía que es necesaria y yo les aconsejo.

DIANA. Raro es el día que no hay reo de muerte.

HUGO. Eso es poco. ¡Ya se vé! Así cunde la herejía y se pierde todo respeto. En vano escribo á Bruselas al Virrey y á sus Ministros: allí están también por la suavidad. Ya vendrá el Duque de Alba.

DIANA. ¡Si están atestadas las cárceles!

HUGO. Es poco, es poco.

DIANA. (Este hombre es un mónstruo.)

HUGO. Hoy temí no poder venir á visitaros, y lo hubiese sentido. No concilio bien el sueño la noche que tengo la desgracia de no veros. Por fortuna mía, eso ha sucedido pocas veces, desde que murió Rafael: Dios lo haya en su gloria.

DIANA. Allí está, de seguro. (Este hombre, ¿sería capaz?...)
Os estoy muy agradecida, señor Hugo: vuestra discreta amistad me honra, y sabiendo yo, como sé, que os mostráis mi amigo por haberlo sido de mi esposo, sería en mí descortés brusquedad...

HUGO. ¡Qué dichoso fué Rafael! Y lo mereció, porque era muy bueno.

DIANA. Por eso soy fiel á su memoria.

HUGO. Hacéis bien; pero es lástima que tanta hermosura se marchite bajo las tocas de la viudéz. ¿Por qué no os casáis?

DIANA. (¡Se atreve á lo que nunca!)

HUGO. Dicen que sois la virtud personificada, la madre de los afligidos; pero no piensan como dicen.

- DIANA. ¿Qué piensan? ¿Qué piensan?
- HUGO. ¿Cómo queréis que yo sepa fijamente lo que piensan? Pero es casi seguro que no piensan nada bueno.
(Diana, irritada, se pone de pié)
- DIANA. ¡Señor Hugo!
- HUGO. ¿Os incomodáis? Hacéis muy mal. Yo, que os estimo; yo, que os quiero... bien, esto cuento para que meditéis que á una mujer tan bella y tan joven no le conviene vivir sola. El mundo murmura.
- DIANA. ¡Qué me importa á mi del mundo!
- HUGO. (La altivéz de su virtud me intimida.)
- DIANA. ¡Y yo que os creía mi amigo!
- HUGO. Y lo soy, lo soy: no lo dudéis. (Hugo se pone de pié.)
- DIANA. Me dais el mayor de los pesares.
- HUGO. La culpa es vuestra.
- DIANA. ¿Mía?
- HUGO. Tomad estado.
- DIANA. ¿Sin amor? ¿Con quién?
- HUGO. ¿No amáis á nadie? ¿á nadie? (Esto lo dice lleno de afán, vendiendo su secreto.)
- DIANA. A nadie entre los vivos: lo juro.
- HUGO. (¡Oh, dicha!)
- DIANA. Preciso es que me expliquéis...
- HUGO. Murmuraciones... envidias... rencores: hé aquí lo que los buenos alcanzan. El mundo tomó la bondad por hipocresía. ¿Cómo es posible imaginar una mujer como vos, sin novio ó sin amante?
- DIANA. (Muy altiva.) ¿Y eso piensa el mundo? ¿Y eso pensáis vos?
- HUGO. Yo no lo pienso: el mundo puede pensarlo. No tenéis derecho á vivir sin amar, no siendo monja. Y como todos sabemos que hay muchos hombres que por vuestro amor darían la vida...
- DIANA. ¿Vos también lo sabéis? ¿Conocéis alguno?
- HUGO. Muchos conozco, y sé de uno que os idolatra.
- DIANA. (¡Oh, imprudencia mía!) Compadezco á ese hombre. No puedo amarle.

- HUGO. (Eso ya lo veremos.) Ya véis, Diana, cómo la voz pública, aun siendo injusta, tiene derecho á suponer que al no tomar marido...
- DIANA. ¿Es porque tengo amante? Y vos, ¿qué opináis, señor Hugo?
- HUGO. Lo que habéis jurado.
- DIANA. Gracias, muchas gracias por la fe que tenéis en mi palabra. Por lo injusto de la opinión y por mi fama, voy á rogaros que no me visitéis más... después de la oración de la tarde.
- HUGO. (Adivinó mi amor.)
- DIANA. Eso exige, muy celosa, mi buena fama. Aquí no entra más hombre que vos, y tan cumplido caballero...
- HUGO. Es exigir demasiado.
- DIANA. Silencio y mudemos la conversación, porque llega gente
- HUGO. (Si no mintió, aún tengo esperanza.)

ESCENA XVII

DIANA, HUGO, BRIGIDA y COLETA

- COLETA. Ya estamos de vuelta, señora. Ya fué mi madre á comprar el abrigo para padre. Mi hermana Berta se lo llevará mañana, porque esta noche ya no dejan hablar con los presos. Dejad que os bese y os abrace.
- DIANA. Sí, hija mía; ven á mis brazos. (Se abrazan. En tanto que Coleta y Diana sostienen la conversación que antecede, Brígida y Hugo hacen como que hablan entre sí. Suenan las ocho en el reloj de una iglesia. Todos están en torno al velador.)
- HUGO. (A Diana.) Ya es hora de retirarme.
- DIANA. ¡Si vos, señor Hugo, pudiéseis hacer algo en favor del padre de Coleta!
- HUGO. Veremos... veremos: los tiempos son malos y los hombres peores.
- BRIG. (Se dirige al dormitorio de Diana.) (Arreglemos el lecho

de esa gazmoña. ¡Espinás le echaría de buena gana!)
(Entra en el dormitorio sin que de ello se aperciban ni Coleta ni Diana. Mucha rapidéz en la ejecución de lá escena que sigue.)

ESCENA XVIII

DIANA, HUGO y COLETA; luégo JUAN y después BRIGIDA

COLETA. (A Hugo.) ¡Mi agradecimiento sería eterno!

BRIG. (Dentro gritando.) ¡Socorro! ¡Socorro!

DIANA. ¡Virgen de las Angustias!

COLETA. (Grito prclongado.) ¡Ay!

HUGO. ¿Qué pasa? ¿qué pasa? (Las anteriores exclamaciones son casi simultáneas; al oír los personajes los gritos de Brígida, Hugo saca la espada; Diana, poseída de terror, cruza las manos y las eleva hacia el cielo, viendo que el escondido ha sido descubierto, y Coleta, comprendiendo, de golpe, la situación, al dar su terrible grito, entre verdadero y fingido miedo, da un manotazo á la lámpara y la derriba y apaga. Hugo, ya á obscuras, al dirigirse al dormitorio, tropieza con las sillás y se enreda con la capa que está en ellas tendida, por lo que cae: al alzarse del suelo se desorienta, y á tientas toma una dirección contraria á la puerta del dormitorio. Brígide sigue pidiendo socorro á gritos. Coleta, en cuanto apaga la luz, va rápida y con seguridad á la puerta de la izquierda. Allí tropieza con Juan, que sale á tientas, le reconoce al tacto per el veatide, lo toma de la mano y se le lleva por la puerta del fondo. Un instante después salo Brígida del dormitorio á tientas y llena de terror. Por fin vuelve á entrar Coleta en escena, trayendo en una palmatoria una vela encondida. Todo á su tiempo.)

BRIG. ¡Socorro! ¡Socorro!

COLETA. (Estaba aquí.)

HUGO. (Al tropezar y caer.) ¡Infierno!

DIANA. (¡Piedad, Dios mío, piedad!)

JUAN. (Apareciendo y tropezando con Coleta.) (¡Una mujer! ¿Será ella?)

COLETA. (A Juan al oído.) (Seguidme: soy Coleta.)

- BRIG. (Saliendo del dormitorio.) ¡Un hombre! ¡Es un hombre!
- HUGO. No atino con la puerta. (Brígida y Hugo se hallan ya uno junto al otro.)
- BRIG. ¡Era un hombre!
- HUGO. ¿Qué dices? (Entra Coleta con la vela encendida y deja la luz sobre el velador, en cuyo mueble está el sombrero de Hugo. Suena el toque de ánimas)

ESCENA XIX

DIANA, HUGO, BRÍGIDA y COLETA

- COLETA. ¡Alabado sea Dios! Aquí hay luz.
- BRIG. (A Hugo aparte.) ¡Un hombre en su cuarto!
- DIANA. ¡No me atrevo á respirar!
- HUGO. ¿Qué ha pasado?
- COLETA. Buen susto nos habéis dado, madre Brígida. ¿Ya véis fantasmas?
- HUGO. Veamos... Sepamos lo que es. (Al decir esto, toma con ímpetu la luz y entra en el dormitorio. La escena queda á obscuras. Mientras vuelve Hugo, Coleta y Diana cambian entre sí, aparte, las frases que siguen.)
- COLETA. ¡Está en salvo!
- DIANA. ¿Por dónde salió?
- COLETA. (Por la puerta, de prisa y quedito.) (Entra Hugo en escena.)
- HUGO. No hay nadie.
- BRIG. Pues yo juraría... (Recoge la capa de Hugo y se la coloca á éste sobre los hombros. El deja la luz en el velador y toma el sombrero)
- HUGO. (A Diana.) Adiós, señora. Ha sonado el toque de ánimas y no debo permanecer aquí. Me alegraré que no tomen cuerpo las fantasmas que asustaron á Brígida. Mañana volveré. (Se dirige á la puerta del fondo. Brígida le sigue con la luz en la mano, como para alumbrarle el paso. Ya en la puerta, Hugo se vuelve para saludar á Diana, que no le mira ni le atiende, mostrándole así su desprecio.)

- BRIG.** (A Hugo aparte.) (¡Era un hombre!)
- HUGO.** (A Brígida aparte.) (¡Es preciso vigilarla!) (Coleta se fija en estos apartes.)
- COLETA.** (¡Como yo me enfade!) (Vanse Hugo y Brígida. Coleta los sigue pisando de puntillas. La escena queda á obscuras. En cuanto Diana queda sola, cae de rodillas, cruza las manos y eleva la mirada suplicante hacia el cielo.)
- DIANA.** ¡Dios mío, tened compasión de todos los desgraciados! (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La misma decoración — Es de día.

ESCENA PRIMERA

HUGO y BRÍGIDA

Hugo está sentado, Brígida de pié.

HUGO. He de creer lo que dices, pues tanto lo aseguras; pero... ¿tú le viste?

BRIG. No le ví. Entré sin luz. ¿Cómo le había de ver?

HUGO. ¿Entoncès?...

BRIG. Percibí su aliento, le oí respirar.

HUGO. Ese no es un dato seguro.

BRIG. Le toqué con mis manos.

HUGO. Eso ya no admite duda.

BRIG. Le oí escapar, pisar en el suelo. ¡Vamos, señor! un hombre no pasa desapercibido. Un hombre era. ¡Miren la santal

HUGO. Pero ¿por dónde salió?

BRIG. Por aquí, por esta sala. Ese dormitorio no tiene otra salida.

- HUGO. ¡Imposible! Yo le hubiera oído.
- BRIG. La confusión lo impidió.
- HUGO. Me hubiese apercibido de algo.
- BRIG. ¿A oscuras? Pues qué, ¿pensáis que no apagaron la luz expreso?
- HUGO. Podría ser. Hay que vigilar á Diana, ¿lo entiendes? En tí confío, y ¡ay dé tí y de ella si me engañáis! (Se pone de pié.) Si me sirves bien te doblo la paga.
- BRIG. ¡Qué bueno sois!
- HUGO. Necesito saber lo que hace, lo que dice y lo que piensa. Es preciso que me des cuenta diaria de sus acciones. (Dentro se oye un silbido.)
- BRIG. Eso es una señal.
- HUGO. Me avisan que Diana viene.
- BRIG. Pues idos: no sea que llegue y os encuentre.
- HUGO. Con frecuencia háblale á Diana de mí. Ya me voy cansando de fingir una bondad que no poseo.
- BRIG. Lo malo es si ella quiere al escondido de anoche.
- HUGO. ¡No tiene amante, no! Ella lo ha dicho y yo lo creo. Pero cela y vigílala... por si acaso.
- BRIG. ¿No tiene amante? ¡Qué cándido sois! ¿Y qué puede ser lo de anoche?
- HUGO. ¡Quién sabe! Ya lo sabremos.
- BRIG. Yo creo que es luterana, orangista, conspiradora.
- HUGO. ¡Ojalá!
- BRIG. ¿Cómo? ¿Os alegraríais?
- HUGO. Tal vez sí.
- BRIG. No lo entiendo.
- HUGO. Ni hace falta que lo entiendas, sino que me sirvas. Adiós y hasta luégo. (Vase por la puerta del fondo.)

ESCENA II

BRIGIDA

¡Desagradecido! ¿Alti veces conmigo? Pues no hay enemigo pequeño, señor Hugo. Tú eres malo, aunque

arrogante joven; pero... como dice el refrán: «para un guapo, otro mayor.» ¡Nos veremos! Tú tienes el demonio en el cuerpo y pierdes el reposo por el amor de Diana ¿Por el amor?... No; por el amor, no. El diablo quiere su alma... y tú quieres lo que Satanás desprecia. ¡Nos veremos! Te sirvo por el dinero... ¡Qué necios son los que hacen de los hombres dóciles instrumentos, en vez de hacerlos sus amigos! Ya llevas el veneno en el cuerpo: sentías celos, sospechabas otros amores, y ahora te vas de aquí creyendo que ese ángel de bondad es una mujer hipócrita y vulgar... una farsante. ¡Diana!... ¡la buena... la virtuosa... la santa! Aborrezco á esa mujer con toda mi alma. ¡Diana!... ¡la gentil... la hermosa... la discreta! Me ensoberbezco cuando la miro. ¿Tú joven y yo vieja? ¿Tú virtuosa y yo pecadora? ¿Tú amada y yo aborrecida? ¿Tú hermosa y yo fea, horrible, siempre fea desde la niñez? Eres insoportable, señora mía. ¿A qué vienen al mundo esos seres tan perfectos, llenos de talento, de bondades y de virtudes? ¿A echarnos en cara á los demás nuestros pecados y nuestra fealdad? Pues que paguen su culpa. ¿No castiga la sociedad á todo el que hace daño? Sí: eso está en la ley. Pues eso hacen los buenos: sublevar las conciencias manchadas, perjudicar á los malos. (Se asoma á mirar por la ventana.) Héla, que allí viene. ¡Y es hermosa! ¡hermosa como deben ser los ángeles! (Se separa de la ventana.) Mi odio va á poder más que tu dinero, señor Hugo. ¡Que pague su culpa!

ESCENA III

BRIGIDA y DIANA

DIANA. ¿No ha vuelto Coleta de su casa?

BRIG. Todavía no, señora.

- DIANA. Bien; quítame el manto.
- BRIG. (Desprendiendo el manto á Diana.) Por ahí pasó el señor Hugo... Yo estaba en la ventana.
- DIANA. ¿Por qué me hablas ahora del señor Hugo?
- BRIG. Porque me preguntó por vos con mucho interés. Dijo que luégo viene.
- DIANA. Lo siento, después de lo de anoche...
- BRIG. ¿Qué sería? ¿Habéis pensado en ello?
- DIANA. Eso pregunto yo: ¿qué sería? Tú, que armaste el escándalo; tú, que poco discreta, has comprometido mi reputación; tú, que algo viste ó sentiste, ¿tú me lo preguntas?
- BRIG. En verdad, en verdad que no sé qué creer. Sin duda fueron visiones mías. (Dobla el manto y lo deja sobre una silla.)
- DIANA. (¿Qué importa mi disimulo? ¿Qué importa la sombra de una sospecha en mi fama, si salvo la vida á un hombre?)
- BRIG. Y como venía de la calle sobresaltada por la fuga de ese mal hombre, de ese hereje, de ese demonio de Juan Cabet, los dedos se me antojaron huéspedes. Perdonadme, señora, perdonadme.
- DIANA. Perdonada quedas, pero cuidado con otra. ¿Y quién es Juan Cabet? ¿Tú le conoces?
- BRIG. En mi vida le he visto, gracias á Dios; pero debe ser horrible. Dicen que es joven y que fué rico. De seguro es bízco ó tuerto, mal encarado, patizambo y jiboso; una imagen del enemigo malo. De seguro no es como el señor Hugo.
- DIANA. No me hables más de ese hombre.
- BRIG. ¡El señor Hugo sí que es buen mozo y hombre de bien á carta cabal! ¡Ya veis, nunca le han procesado!
- DIANA. (Impaciente.) Cállate, Brígida.
- BRIG. Y creo que no exagero si digo que está enamorado de vos desde antes que os casárais con el señor Rafael.
- DIANA. Te he dicho que no me hables más de ese hombre.

- BRIG.** ¿Del señor Hugo? ¿De vuestro amigo?
DIANA. De ese.
BRIG. ¡Ah! Yo creí que os referíais á Juan Cabet.
DIANA. De Juan Cabet, háblame todo lo quieras; pero del señor Hugo, ni una palabra; ¿lo entiendes? ó sales de mi casa inmediatamente.
BRIG. (¡Eso no me conviene!)
DIANA. No te olvides, ó date por despedida.

ESCENA IV

DIANA, BRIGIDA y COLETA

- COLETA.** ¡Qué dichosa soy! Hoy tengo permiso de madre para pasar todo el día aquí; al lado vuestro, señora. (Aparte á Diana, con rapidéz, abrazándola.) (¡He de hablaros á solas!)
- DIANA.** Pues que tú vas á hacerme compañía, concedo permiso á Brigida para que vaya á paseo y á visitar sus parientes.
- BRIG.** (¡Algo traman!)
- COLETA.** El día está muy sereno; parece un día de primavera. Vamos, madre Brígida, á tomar el sol. Hoy es día de gresca para mucha gente. Empluman á Sabina y la pasean caballera en una mula.
- DIANA.** ¿Qué? ¿Es eso verdad?
- BRIG.** ¿Quién es Sabina? ¿Es joven ó vieja?
- COLETA.** Joven y hermosa.
- DIANA.** ¿Qué ha hecho esa desdichada?
- COLETA.** ¡Pechts! Poca cosa. Según se dice... ha despreciado á cierto caballero principal, y ha sido denunciada por los esbirros del señor Hugo.
- DIANA.** ¿De Hugo?
- BRIG.** ¡Coleta!
- COLETA.** (Fingiendo gran pesadumbre.) ¡Ay, Dios mío! ¡Lo dije y fué sin querer.

- DIANA. ¡Hugo! ¡Siempre su nombre acusado por la desventura!
- BRIG. Las lenguas largas deberían ser cortadas.
- COLETA. Eso digo yo. ¿Creeríais, señora, que toda la vecindad sabe lo que aquí pasó anoche?
- DIANA. ¡Brígida!
- BRIG. Yo no he dicho nada, creedme. Sin duda oyeron mis gritos, y por eso...
- COLETA. ¿La señora Brígida habladora? ¿Quién es capaz de creerlo?
- BRIG. (Huyamos á la tempestad.)
- DIANA. Mejor es no juzgar cuando faltan pruebas.
- BRIG. Hago uso del permiso; voy á dar unas vueltas por la plaza.
- COLETA. Si no andáis listas, vais á llegar tarde.
- DIANA. (Esta mujer me da en qué pensar.)
- BRIG. ¿Yo ir á ver á esa infeliz criatura? ¡Dios me libre! Sólo por ver la gente iría yo. (Necesito disimular para saber lo que tramán.)
- DIANA. (A Brígida.) Vete y déjanos en paz.
- COLETA. Además... hoy no hace falta la acompañante, puesto que el señor Hugo ya estuvo aquí.
- DIANA. ¿Aquí? ¿Cuándo?
- COLETA. Antes de llegar vos.
- BRIG. Ya os dije... pasó... preguntó... (Me marchó, me marchó.) Voy por el manto. (Vase de prisa.)

ESCENA V

DIANA y COLETA

- DIANA. La compañía de esta mujer es peligrosa.
- COLETA. Es una bruja.
- DIANA. Mañana la despido.
- COLETA. Mejor sería hoy.
- DIANA. Y eso de esa pobre joven, ¿es cierto?
- COLETA. Cierto es; sólo que no es una joven.

DIANA. ¿Y por qué has dicho que lo era?

COLETA. Si digo que es una vieja, la madre Brígida no entra en deseos de ver la azotina y no se marcha.

DIANA. ¿Es preciso?

COLETA. Tomad esta carta. Es del señor Cabet.

DIANA. ¡Ah! ¿Porqué me escribe? (Diana tiene la carta en la mano cuando Brígida llega. Ésta no pasa de la puerta.)

ESCENA VI

DIANA, COLETA y BRÍGIDA

BRIG. (La scriben. Bueno es saberlo.)

COLETA. La señora Brígida.

BRIG. ¿M mandáis algo, señora?

DIANA. Nada Vete.

BRIG. (Lo sabrá el señor Hugo.) (Vase.)

ESCENA VII

DIANA y COLETA

COLETA. No penséis que he mentido al hablar mal del señor Hugo.

DIANA. Ese hombre es un demonio.

COLETA. No os fiéis de él, porque es muy malo. ¡Cuán diferente es estar á vuestro lado!

DIANA. Te prohíbo las adulaciones.

COLETA. No lo digo yo, lo dice la voz pública. Pero... la carta, la carta; leedla.

DIANA. Tienes razón: la había olvidado. Leamos la carta de ese desdichado joven. (La lee para sí, y en tanto habla Coleta.)

COLETA. Disfrazado está, y espera la contestación en la hostería de ahí enfrente. ¡Me ha suplicado tanto!

DIANA. Desea despedirse de mí; pero eso es una imprudencia, una temeridad.

COLETA. Díjome que sería breve, y que si le recibís, en seguida emprende la marcha.

DIANA. Sea. Díle que le espero, y mientras él esté aquí vigila tú, no le vaya á suceder una desgracia. (Vase Coleta.)

ESCENA VIII

DIANA

¿Cómo negarme, si dice que no huye mientras de mí no se despida? .. ¡Tiemblo de pavor á la idea de que le puedan volver á encarcelar! Sería su muerte segura. Es imprudente, temerario. Venga, venga, no vaya á ser yo causa de su muerte. (Oculta la carta que conservó en la mano.)

ESCENA IX

DIANA y JUAN

Juan Cabet, viste al uso militar, con la banda roja de capitán. Llega embozado y al entrar se desemboza.

JUAN. Señora...

DIANA. Sed breve... y ¡adiós!

JUAN. Irme de la ciudad sin despedirme de vos, era imposible.

DIANA. Bien; ya me visteis: marchad.

JUAN. ¿Teméis? Razón es. ¿Quién no teme comprometerse hablando con un perseguido, con un sentenciado á muerte?

DIANA. ¡Sois injusto! Os digo lo que anoche os dije: temo por vuestra vida, señor Cabet.

JUAN. ¡Ah! ¿Ya sabéis mi apellido?

DIANA. Ya lo sé pero idos, ¡por Dios!

JUAN. Todavía, no.

DIANA. Sois un temerario. ¿Qué queréis?

JUAN. Daros las gracias, haceros una pregunta, revelaros un secreto y luégo partir para Holanda.

DIANA. ¿Y si os sorprenden?... Voy á cerrar la puerta.

JUAN. Inútil afán; peligrosa medida. Si nos sorprenden, sea con la entrada libre. Yo estoy juzgado: conviene que no os juzguen á vos.

DIANA. Hablad, hablad pronto.

JUAN. ¿Qué pensáis de mí? ¿Me creéis un malvado?

DIANA. Os creo por vuestra palabra.

JUAN. Señora, os admiro... y os estimo. Por eso quiero que sepáis que el hombre que anoche á vuestra casa llegó por azar; que el hombre que os pidió un asilo, es un hombre honrado. No soy criminal, no; no soy lutera-no; no soy orangista. Un miserable me ha calumniado; un vil, que tiene mañosos instrumentos para sus venganzas, y oro, influencia y poder para todos sus deseos.

DIANA. ¿Quién es ese perverso?

JUAN. Hugo de...

DIANA. ¡Callad!... ¡Siempre éll

JUAN. Lo juro, señora: soy inocente. Si fuese culpable no estaría aquí hablando con vos.

DIANA. Bueno... bien... lo presumía. Idos ya, no seáis imprudente. Así no se juega con la vida. ¡Marchad! La pregunta está hecha, las gracias dadas, la despedida tuvo lugar. Del secreto nada quiero, nada debo saber.

JUAN. Mi secreto es lo más importante.

DIANA. No insistáis, calladlo. En cuanto yo lo sepa, ya no es secreto. El tiempo pasa y me asaltan terribles presentimientos.

JUAN. No temáis por mí. Estando á vuestro lado ha de protegerme Dios.

DIANA. ¡Tengo miedo!

JUAN. Vengo disfrazado. El gentío que vaga por las calles y estos atavíos militares, me protegen. Además, me creen muy lejos de aquí.

DIANA. Mejor estaréis lejos, siendo verdad.

- JUAN. Seré breve. Oíd: amo á una mujer joven y bella; en silencio la amo, hace ya mucho tiempo. No pude decirle mi amor en circunstancias tan graves. Es hermosa y buena, como vos lo sois. ¿Queréis hacerme la merced de hacer llegar este papel á sus manos?
- DIANA. ¿La conozco yo?
- JUAN. Hay doble sobre: debajo del primero encontraréis sus señas. (Le ofrece una carta cerrada, que Diana no se decide á tomar.) Perdonad, si os ofende el encargo.
- DIANA. ¡Oh, no es eso!
- JUAN. Es mi última súplica. (Diana toma la carta.)
- DIANA. Dadme acá... y en marcha. Ni un instante más, ¡por Dios! Y Él os proteja. (Toma á Juan de la mano y lo conduce á la puerta.)
- JUAN. ¡Adiós, señora, adiós, y bendita seáis!
- DIANA. ¡Adiós... adiós! (Entra Coleta corriendo y detiene á Juan.)

ESCENA X

DIANA, JUAN y COLETA

- COLETA. ¡El señor Hugo, el señor Hugo!
- JUAN. ¡Mi enemigo!
- DIANA. ¿Él?
- JUAN. Saldré antes que él llegue. (Coleta lo detiene y Diana se interpone en la puerta.)
- COLETA. ¡Imposible! La calle está llena de alguaciles y soldados.
- DIANA. ¡Dios nos valga! (Coleta empuja á Juan hacia el dormitorio de Diana.)
- JUAN. ¿Otra vez?
- COLETA. No hay otro remedio.
- JUAN. ¡Menguada es mi suerte! (Juan entra en el dormitorio, cuya puerta cierra Coleta. Diana, asustada, va bajando al primer término. Aparece Hugo en la puerta del fondo.)

ESCENA XI

DIANA, COLETA y HUGO

HUGO. Dios os guarde, Diana.

DIANA. Él sea con vos. ¿Qué queréis? (Hugo avanza y con seña imperiosa indica á Coleta que debe irse.)

HUGO. Ofrecí venir hoy.

COLETA. (¡Con tal que se vaya pronto!)

DIANA. No te vayas, Coleta.

HUGO. A solas quiero hablaros, Diana.

DIANA. Con testigos ha de ser, señor Hugo. De otro modo, no consiento.

HUGO. Sea con testigos, pero en voz baja hablaremos: os lo ruego, señora. (Diana habla al oído á Coleta. Ésta traspone el umbral de la puerta del fondo y en todo lo que resta de esta escena se deja ver de cuando en cuando.)

DIANA. (A Hugo.) Podéis hablar.

HUGO. Os hallo inquieta, desmejorada.

DIANA. Pasé la noche sin dormir.

HUGO. No hablemos de anoche.

DIANA. Mejor es. Y hoy, ¿qué queréis?

HUGO. Importante es el motivo que me trae.

DIANA. ¿Por eso venís á visitarme seguido de un ejército? Poco galante sois.

HUGO. Me han asegurado que Juan Cabet está en la ciudad y le voy buscando.

DIANA. Lejos ha de estar, si es avisado.

HUGO. Hombres de mi confianza le han visto hoy, y dicen que en esta calle.

DIANA. ¿Y venís á buscarle en mi casa?

HUGO. No: vengo á ofrecer mis servicios.

DIANA. (¡Respiro!)

HUGO. Vengo á ofrecer mi amor.

DIANA. ¿Vos?... ¡Qué dice, madre mía!

HUGO. ¿Os admira? Lo creo; pero escuchad.

DIANA. Señor Hugo: ¡si es que me espanto de oíros!... ¡Ah, Rafaell ¡Rafaell!

HUGO. ¿Lloráis? ¿Es que me aborrecéis?

DIANA. ¿Yo amada de vos? ¿Y venís á decírmelo cuando vais persiguiendo á un desgraciado? No perdáis el tiempo, señor, porque se os va á escapar el enemigo. Dejad el amor para ocasión más propicia. Cuando se sienten rencores, cuando se desean víctimas, es un ultraje hablarme de amor.

HUGO. Diana, os amo con toda el alma, creedme; os amo desde hace mucho tiempo; os amo desde antes que Rafael os amase.

DIANA. ¡Oh!...

HUGO. ¿Dudáis? Oíd, oíd: cuando iba á vencer mi timidez; cuando iba a arrojarme á vuestras plantas y á confesaros mi amor, entonces os enamorò Rafael y con él os casásteis, y no le maté por no turbar vuestro sosiego.

DIANA. ¡Señor Hugo!

HUGO. No le maté, porque no me aborrecíerais. Y desde entonces creció mi amor, y aborrecí á Rafael y maldije mi suerte. ¡Cuánto padecí, señora, mientras fuísteis casada!

DIANA. ¿Y queréis que os ame? ¡Dios mío, este hombre está loco!

HUGO. ¡Loco de amor, Diana! Os amé, os casásteis y perdí la esperanza: ¡no quiero volver á perderla! No quiero que otro hombre más dichoso os llame suya. El mundo cree que tenéis amante: el mundo lo dice y yo lo sospecho.

DIANA. ¿Sospecháis? ¡Ah, calumnia vill!

HUGO. ¡Acordáos de anoche!

DIANA. ¡Basta!

HUGO. Habéis de oídmе, señora, por doloroso que á los dos nos sea. Si aceptáis mi amor, redimís un alma: me salváis para el cielo. Mi amor es ya deseo indomable. Sin vos, sin vuestro amor, la tempestad que ruge en mi pecho será temible.

DIANA. ¡Amor de Satanás! ¡No puedo ser vuestra esposa! ¡no puedo! Juré á Rafael en su lecho de muerte no volverme á casar.

HUGO. No os caséis... ¡pero amadme!

DIANA. (Erguida, muy altiva.) ¡Sois un infame! ¡Salid, salid de mi casa! (Coleta se asoma á la puerta.)

COLETA. (Esto no acaba en bien.) (Vuelve Coleta á sus paseos, apareciendo y desapareciendo á intervalos. Hugo se hinca de rodillas delante de Diana.)

HUGO. ¡Así, señora, os lo suplico!

DIANA. ¡Nunca! (Hugo se pone de pié, sombrío.)

HUGO. ¡Vos lo habéis querido! He suplicado, me he humillado, he procurado salvar mi alma. ¡Ahora os toca suplicar á vos!

DIANA. ¿A mí?

COLETA. (Desde la puerta.) (¿Qué dice?)

HUGO. ¿No es cierto, señora, que por nada de este mundo querriais vos ser causa de infinitas desgracias?

DIANA. De ninguna.

HUGO. Ved: aquí traigo un salvo-conducto en blanco firmado por el teniente del Virrey. Os le hubiera dado para Juan Cabet.

DIANA. (Aterrada.) ¡Ah!

HUGO. Para Cabet, que está oculto en vuestra casa.

DIANA. Mentís.

HUGO. No lo neguéis: le he visto entrar.

DIANA. ¡Señor! ¡Señor! ¿Cuándo llegará á la tierra el reinado de los justos?

HUGO. Vana declamación. ¿Qué dejáis para el cielo? Vuestro humanismo es mentira. Cabet irá á la hoguera, morirá quemado vivo, ¡por culpa vuestra!

DIANA. ¡Dics mío! ¡Dios mío!

HUGO. A una señal mía sube la gente armada.

DIANA. Perdón, ¡perdón para ese desgraciado!

HUGO. Sed mía, y le perdono y le salvo. ¿Calláis?

DIANA. Salvadle... y matadme á mí.

HUGO. ¿Tanto le amáis?

DIANA. La ira os ciega.

HUGO. (Bajando la voz para que no le oiga Coleta.) Y morirá el padre de Coleta, que yo todo lo puedo con mi influjo ¡y mi maldad! (Diana cae de rodillas delante de Hugo.)

DIANA. ¡Tened compasión de mí! ¡tened compasión de todos!

HUGO. Así, mujer altiva, á mis piés, suplicante y llorosa .. así te quiero ver.

DIANA. Seré vuestra... haré cuanto queráis.

HUGO. Alza, pues, y toma el salvo-conducto. (Coleta baja al primer término. Hugo escribe en el salvo-conducto, valiéndose del recado de escribir que hay sobre el velador. Diana se pone de pié.)

COLETA. (Aparte á Diana.) (¿Qué le habéis ofrecido?)

DIANA. (A Coleta.) (Un imposible. ¡El dolor enloquece!)

HUGO. (A Diana, mostrándole en una mano el salvo-conducto y en la otra un silbato.) Escoged: el papel da la vida, un silbido traerá la muerte: escoged. (Bajando la voz al oído de Diana.) O ser mía, ó matarlos.

DIANA. (A Hugo, también en voz baja y al oído.) ¡Ser tu esposa y morir de vergüenza y de dolor!

HUGO. Hoy, hoy mismo. Júralo.

DIANA. ¡Lo juro!

COLETA. (Amenaza con el puño á Hugo, desde lejos) ¡Infame!

ESCENA XII

HUGO, DIANA, COLETA y JUAN

Se abre con violencia la puerta del dormitorio y aparece Juan, encarándose con Hugo. Éste da un paso atrás y desnuda la espada. Las dos mujeres se interponen entre ambos (esto sólo en el primer instante.) Después Coleta cierra la puerta del fondo y se queda como guardándola.

Diana queda situada entre los dos.

JUAN. (A Hugo con calma y con desprecio) Eres un miserable.

COL. }
DIANA. } ¡Jesús!

- JUAN. (A Diana.) No puedo, no debo aceptar vuestro sacrificio: me entrego á la justicia.
- DIANA. (Con energía.) ¡Jamás!
- JUAN. (A Hugo) Aquí me tienes, mal caballero. Guarda esa espada: la mía, héla aquí, á los piés de tu víctima. (Saca la espada del tahalí, con vaina y todo, y la coloca á los piés de Diana.) Llama á tus esbirros, llámalos, mónstruo; atadme y preparad la hoguera... Yo soy Juan Cabet, tu enemigo; yo te execro, engendro de Satanás; yo iré al martirio del fuego y Diana no será tuya.
- HUGO. (A Juan.) No te mato porque eres del verdugo. (En vaina la espada y da un silbido.)
- COLETA. ¡Misericordia!
- JUAN. (A Hugo.) Llama, llama pronto á tus esbirros. (Diana, con rapidéz, toma una mano á Hugo y lo lleva aparte, sosteniendo con viveza el diálogo que sigue. Coleta entretanto recoge del suelo la espada de Cabet y se la coloca en el tahalí, figurando que con él sostiene muy animada conversación, así como persuadiéndole que huya.)
- DIANA. (A Hugo.) (El salvo-conducto... ¡pronto!)
- HUGO. (A Diana.) (¿Mia?)
- DIANA. (A Hugo.) (Si.)
- HUGO. (A Diana.) (¿Hoy?)
- DIANA. (A Hugo.) (Sí.)
- HUGO. (A Diana.) (¿Juras?)
- DIANA. (A Hugo.) (¡Por Rafael!)
- HUGO. (A Diana.) (Toma.)
- DIANA. (Al tomar el papel.) ¡Ah! ¡Ya era tiempo! (A Juan, dándole el papel después de pasarle la vista.) Tomad: estáis salvado.
- COLETA. (A Juan.) Huid sin dilación. (Hugo oye con calma cruzado de brazos.)
- JUAN. (A Diana.) No me voy, si os sacrificáis.
- DIANA. (Aparte á Juan.) (Le obtuve por sorpresa y puede arrepentirse. Os exijo obediencia.) (La puerta del fondo se mueve como si la forzaran.)

JUAN. (A Diana.) Obedezco, porque lo exigís. (A Hugo.) Bondad tuya, traición debe ser. (Se abre la puerta del fondo y entran en tumulto Alguaciles, Soldados y Hombres del pueblo, gente baldía devota de Hugo. Diana y Coleta aprovechan el primer instante sin titubear, y tomando á Cabet, cada una de una maao, le arrastran hasta la puerta, dominando con sus voces á la masa de gente que ha entrado y que no comprende la situación. Mucha rapidéz.)

ESCENA XIII

HUGO, DIANA, COLETA, JUAN, ALGUACILES, SOLDADOS
y HOMBRES DEL PUEBLO

DIANA. Paso, paso al capitán Diéguez.

COLETA. Paso al capitán de los tercios del rey. (La gente abre paso y Juan se va.)

ESCENA XIV

DICHOS, menos JUAN

DIANA. (Aparte á Hugo.) (Despedid á esta gente.)

HUGO. (A los que entraron.) Esperad en la calle.

COLETA. (Voy á ver si le siguen.) (Vanse Hombres, Soldados y Alguaciles. Coleta se asoma á mirar por la ventana.)

ESCENA XV

HUGO, DIANA y COLETA

HUGO. Hoy seréis mía.

DIANA. (Hoy me toca morir.)

HUGO. Hoy. ¡Sin remedio!

DIANA. (Como respondiendo á su pensamiento.) ¡Sin remedio!

COLETA. (Separándose de la ventana.) Se salvó.

- HUGO. No, todavía no.
- DIANA. ¿Cómo? ¿decís que no?
- HUGO. (Aparte á Diana.) (El salvo-conducto es falso.)
- DIANA. (Irritada.) ¿Dudáis de mi palabra?
- HUGO. Hasta la bendición nupcial.
- DIANA. Eso me autoriza...
- HUGO. A negaros si podéis.
- DIANA. ¿Y si me niego?
- HUGO. Esos dos hombres pueden morir. (Vase por la puerta del fondo.)
- DIANA. ¡Ah, bestia humana, que has arrojado tu disfráz de hombre!
- COLETA. Esos dos hombres, dijo. ¿Quién es el otro?
- DIANA. Tu padre.
- COLETA. ¡Dios nos asista! (Las dos se abrazan llorando y cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración.—Es de día.—Encima del velador hay un vaso con agua, un reloj de arena y recado de escribir.

ESCENA PRIMERA

DIANA

¡Rápidas pasan las horas! ¡Si me parecen minutos!
¿Será posible que yo me despose con Hugo? ¡No, no!
¡Eso sería un horror, un sacrilegio! Sí, porque eso
sería condenarme en vida y renunciar al cielo. ¿Yo
esposa de tal hombre? ¡Nunca! ¡Si á su lado no podría
ser buena! (Llora. Breve pausa.) Y pasa el tiempo y á
nada me resuelvo, y, ¡sin remedio! ha de llegar el
fatal instante. Lo he jurado, y debo cumplir mi pala-
bra .. ó morir. ¡Morir! ¿Por qué no? ¡No... no, Dios
mío! Ese mónstruo es capáz de todo... ¡Ni muerta yo,
respetaría él mi memoria, y sacrificaría á esos ino-
centes! ¡Qué horror! Me zumba la cabeza, se me quie-
ren salir los ojos y me abraso de sed. (Se lleva el vaso
á los labios y lo vuelve á dejar en el velador. Mira el reloj y
le da la vuelta.) ¡Ah! Me duele el alma, se me escapa

el pensamiento y el tiempo avanza, ¡avanza inexorable! Así cuentan los sentenciados á muerte los instantes de su vida, de la vida que se les va. ¡Pobre Juan Cabet, ahora te comprendo! El recuerdo de tus penas endulza las mías. Aquí está la carta que me dejó. ¿Será para mí? ¡Debe serlo! La desgracia atrae á los buenos unos á otros. ¡Dame treguas, dolor mío, para cumplir su encargo! ¡Dame treguas, desgracia mía, para que se aumente mi dolor, si en mí puso su cariño! (Rompe el primer sobre y lee.) «Este escrito es para vos, Diana.» (Representando. Muy abatida.) ¡Me lo daba el corazón! (Rompe el segundo sobre y lee.) «Os conozco hace un año y os amé, Diana; porque hay hermosuras como el imán, y porque el amor entra por los ojos y en el alma queda. Os amaba ya, convidado por vuestra virtud; os conocía ya, atraído por vuestra fama, y callé y padecí, porque fuera de tiempo es imposible llegar ante una mujer como vos.» (Deja de leer y declama.) Llegó tarde, sí; ¡llegó tarde! (Vuelve á leer.) «Pero os seguía discreto, y soñaba sin discreción, y adivinaron mi amor, y (perdonad por lo que os revelo) en cuanto mi amor supieron me encarcelaron, y en mí se cebó la calumnia y el rencor más enconado.» (Deja de leer y declama.) ¡Ah, fatal revelación! ¡Triste suerte mía! (Vuelve á leer.) «No sería por vuestro amor, no sería por eso; pero de un amigo logré un enemigo en el hombre que os visita, y con ese reñí, y ese fué mi delator, artero y falso.» (Deja de leer y declama.) ¡Señor! ¡Señor! ¿Por qué ponéis la ley y la autoridad de los hombres al servicio de los malvados? (Vuelve á leer.) «Y á la cárcel fuí. Allí íbais vos todos los días, y me consolábais... como á los demás presos. Consolábais al desgraciado, sin sospechar mi amor. ¡Bendije mis prisiones! Pero el Satanás que me odia quiso ir demasiado lejos. Me iban á matar, sin misericordia, calumniado y envilecido mi nombre. Entonces huí, pude huir, y el azar me llevó hasta

vuestra casa. Lo demás, ya lo sabéis. Os amo sin esperanza, pero os amo con toda mi alma. ¡Adiós... y bendita seáis!» (Deja de leer.) ¡Me ama! Este sería un hombre digno de mi amor, si no lo hubiese sido Rafael. Rompamos esta carta, porque está visto: amarme es un crimen. Rompamos esta acusación. (Rompe la carta y arroja los pedazos por la ventana, y asomada por ella queda un momento mirando hacia afuera.) ¡Me duele verla volar! ¡Páreceme que son pedazos de mi alma que se van. (Vuelve al lado del velador.) ¿Amaré á Cabet?... No; no le amo, ni debo amarle, ni deben amarme. ¿Qué alcanzan con amarme? Los buenos delinquen ante los hombres, y los malos pecan ante Dios. Tú has sido, Rafael mío, el único amador feliz. ¡Tú me esperas en el cielo! (Breve pausa. Mira con afán á la clepsidra.) ¡Cómo pasa el tiempo! Otra vez se colmó la medida, ¡otra vez! El mejor pensamiento es el primero. (Aparece Brígida en la puerta. Diana no la ve, y de un pomito que saca de la escarcela, vierte unas gotas en el agua del vaso.) ¡No tiembles, pulso cobarde! La muerte es una buena amiga. ¡Dios velará por esos inocentes! (Guarda el pomito en la escarcela.)

ESCENA II

DIANA y BRIGIDA

BRIG. Ya estoy de vuelta, señora.

DIANA. ¡Ah! ¿Eres tú? ¡Vete!

BRIG. (¿Qué es esto?)

DIANA. ¡Vete, ó no seré dueña de mi voluntad!

BRIG. (Ganemos tiempo.)

DIANA. ¡Vete, te he dicho! (Brígida se arroja á los piés de Diana.)

BRIG. Perdón, señora mía, perdón si en algo os he ofendido.

DIANA. ¡Me has vendido, me has calumniado!

BRIG. Perdón, perdón y escuchadme.

- DIANA. Levanta, hipócrita: levántate y vete. (Brígida se pone de pié.)
- BRIG. ¿Pero qué pasa? ¿qué sucede? Seguro es que ese mal hombre ha hecho alguna de las tuyas.
- DIANA. ¿De quién me hablas?
- BRIG. Del señor Hugo.
- DIANA. Aparta, mujer infame, aparta. ¿Vas á hablarme mal de tu cómplice? ¡Vete, ó no podré contenerme! ¡Vete!
- BRIG. Bien, yo me iré; pero sin vuestro perdón, ¡jamás! (Vuelve á hincarse de rodillas, suplicante.)
- DIANA. ¡Mi perdón! ¿Pides mi perdón? Te lo niego. Pero así estás bien, de rodillas, ¡vieja miserable! Así, verdugo de mi alma, así: á los piés de tu víctima.
- BRIG. ¡Por Dios!
- DIANA. ¡Mi perdón! Pues qué, ¿no me ves espirante? ¿No eres tú la causa de mi muerte y de mi oprobio? ¡Qué te estoy contando, si tú lo sabes mejor que yo!
- BRIG. ¡Perdón, perdón!
- DIANA. ¡Nunca!
- BRIG. Es preciso que me oigáis. No caséis con el señor Hugo. Es un malvado. (Diana apoya sus manos en los hombros de Brígida, y bravía, fuera de sí, la sazaude.)
- DIANA. ¿Y eres tú quien me lo dice? ¿Tú? ¡aborto del infierno!
- BRIG. ¡Que me ahogáis! ¡que me muero! (Diana se repone y la deja quieta.)
- DIANA. Sería indigno de mí. (Brígida se pone de pié.)
- BRIG. (Tú me lo pagarás.)
- DIANA. Vive... vive.
- BRIG. ¿Me culpáis? ¿Queréis que me vaya? Yo no debo abandonaros, y no os abandono. He sido miedosa, porque... sabedlo, he tenido y aún tengo mucho miedo. Ya estoy arrepentida: ¡lo juro! Remedio, remedio al mal, es lo que debemos buscar. Busquemos, que la Providencia acude en los días aciagos.
- DIANA. ¡Blasfema!
- BRIG. Vos sois buena, fuerte con vuestra virtud, y yo soy débil y cobarde. Vos sois joven, discreta y hermosa,

y yo anciana, pobre, ignorante. Vos podéis luchar y yo no puedo. Salióme al paso el señor Ilugo, y me tentó y me venció. Ya estoy arrepentida. ¡Perdonadme!

DIANA. Que te perdone Dios. (Ya no vuelvo á hacer caso de Brígida.)

BRIG. ¿Quién es este hombre que así me vence, y me subyuga y me llena de terror? ¿Quién es? me preguntaba... ¿No me atendéis, señora? Sin vuestro perdón voy á morir de vergüenza, y no me marchó si no es perdonada. (Diana está al lado del velador, tiene en una mano el vaso y con la otra se oprime una sien. Brígida sigue hablando para sí.) (Va á beber: con eso tendría bastante. Lo cierto es que á no ser tan buena, me ahoga.)

DIANA. (¡Es imposible sufrir más! Busquemos el remedio.) (Se va acercando el vaso á los labios.)

BRIG. (¡Qué tontos son los buenos! Al fin perdonan; y si no, vamos á verlo.)

DIANA. (Oprimiéndose la frente.) (¡Así, así cuentan los sentenciados á muerte la vida que se les va! Así, por los latidos acelerados de la sangre.) (Entra Coleta, muy alegre por la puerta del fondo. La sigue Pedro, que se queda en el umbral de la puerta. En este instante va á beber Diana, pero al oír la voz de Coleta se detiene, y poco á poco, sin darse cuenta de lo que hace, deja otra vez el vaso encima del velador.)

ESCENA III

DIANA, BRIGIDA, COLETA y PEDRO

COLETA. ¡Albricias, señora, albricias!

DIANA. ¿Vienes contenta?

BRIG. ¿Qué?

COLETA. ¡El señor Cabet está salvado, y mi padre también!
¡Viva, viva!

DIANA. ¿Salvados? Expílicate pronto.

BRIG. ¡Si yo lo decía! (¿Qué será?)

COLETA. (Á Diana.) Dejad que os abrace. ¡La alegría me mata!

DIANA. Habla, Coleta, habla.

COLETA. Hasta soy capáz de abrazar á la madre Brígida; pero no, no: sería demasiada benignidad.

DIANA. ¡Coleta!

COLETA. Tenéis razón: soy muy loca y os tengo impaciente. Ese que está en la puerta, ese es un buen primo mío. Acércate, hombre: la señora te da su permiso. (Pedro se coloca al lado de Coleta.) Este primo mío, es correo de gabinete, en la casa del Virrey. Hace un cuarto de hora ha llegado de Bruselas con dos pliegos urgentes para el Gobernador. Es uno de ellos, el indulto amplio para el señor Cabet, y el otro es la orden para que se ponga á mi padre en libertad. Y como este primo mío nos quiere mucho, y sobre todo á mí, en seguida ha traído la noticia á mi casa, y hasta ahora sólo sabemos la novedad los presentes, mi familia y el Gobernador.

BRIG. ¡Y aún hay quien dice que no hay clemencia!

DIANA. Fáusta es la nueva para todos.

COLETA. (Á Diana.) (Ya no os casaréis.)

DIANA. Es urgente que se corran las órdenes. Vamos en seguida á ver al Gobernador.

COLETA. Algo hay más urgente.

BRIG. ¿Pero cómo ha sido eso?

COLETA. De sencillo modo. El señor Cabet tiene amigos y parientes. Se supo su sentencia de muerte, y corrieron dineros y caballos. El señor Obispo de Güeldres intervino, y el señor Cabet, que era inocente, se ha salvado. Mi padre ha quedado en libertad, pues se hallaba preso por su afecto hacia el señor Cabet. Hé aquí la historia. La cuestión era llegar pronto, y Pedro es un buen jinete. (A Pedro.) Ahora, amigo mío, vete á beber á la vecina hostería y espérame allí. (Pedro hace que se va y Diana lo detiene.)

DIANA. Esperad. Justo es gratificar á quien tanto bien nos ha traído.

COLETA. De eso me encargo yo, cuando Dios y padre lo permitan. Hice venir á Pedro para que fuese un testimonio vivo de mis declaraciones. Déjanos, Pedro: la señora te lo manda. (Pedro saluda y se va. Diana y Coleta se abrazan.)

DIANA. (¿Triunfará la inocencia? ¿Triunfará la virtud? (Aunque en esta escena Brígida toma parte en la conversación, es sin que Coleta y Diana le presten atención, y lo mismo acontece en la escena que sigue.)

ESCENA IV

DIANA, COLETA y BRÍGIDA

Diana toma su manto que quedó sobre un mueble en el acto anterior y se lo prende.

DIANA. Vamos, Coleta, vamos pronto á ver al Gobernador, que es buen amigo mío.

COLETA. Antes es vuestra felicidad. Vamos despacio. Yo quiero casarme, pero vos no, y es preciso que no os caséis.

DIANA. ¡No me recuerdes mi desdicha! Vamos á lo que he dicho y después á buscar á tu padre.

COLETA. Eso no corre prisa. Padre saldrá hoy en libertad y el señor Cabet no debe haberse ido todavía.

DIANA. Debe estar lejos.

COLETA. No lo creáis. El campo es muy peligroso para el que huye. En la ciudad estará.

BRIG. Capáz será de ello.

COLETA. (Á Diana.) Lo que corre prisa es libertaros á vos.

BRIG. Eso es lo importante.

DIANA. ¡Lo he jurado!

COLETA. Oíd, señora: cuando loca de dolor salí de aquí, halléme en casa con la buena nueva, y fui á participar mi alegría á mi confesor que también lo es vuestro.

DIANA. ¿Hablaste con él?

COLETA. ¡Y se lo he contado todo! ¡todo!

DIANA. ¿Qué dijo?

COLETA. Se lo conté por desacreditar al señor Hugo. Yo quería denunciar á la justicia lo que hace ese fiero señor y...

BRIG. ¿Qué dijo?

DIANA. Sí: ¿qué te dijo?

COLETA. Se alegró por mi padre, se alegró por el señor Cabet, me dió el parabién y luégo se puso muy serio.

BRIG. ¿Muy serio?

COLETA. Y cada vez con mayor seriedad me dijo de este modo: «El señor Hugo puede mucho y es muy malo. Lo mejor que podría hacer Diana es huir hoy mismo; pero eso es difícil á una mujer. Su juramento es nulo, como arrancado por la fuerza. Se ha portado bien: su virtud y su conciencia deben ser sus consejeros. ¡Que le inspiren el acierto!»—Callóse y yo exclamé:—Pero ¿quién es ese hombre terrible que así vence, asusta y logra?

BRIG. ¿Qué contestó su paternidad?

COLETA. Y así me dijo:—«Coleta, hija mía, oye, y aprende y sabe que todo no se puede decir. En cada aldea, en cada pueblo, en cada ciudad, donde quiera que hay seres humanos asociados civilmente, hay un hombre ó una mujer, un demonio como el señor Hugo, dueño de todas las voluntades y de todos los secretos, de todas las tentaciones y de todas las hipocresías, y por eso mismo de todos temido y respetado. El poder y la riqueza le sonríen; su aliento y su mirada envenenan. Esos seres están por encima de la ley humana. Fingen ser virtuosos y son enemigos de todo bien y de toda virtud, y sólo la virtud puede vencerlos. Procura ser discreta. Las flores delicadas de los campos se deshojan al primer soplo de la tormenta; no olvides, pues, que tú eres una florecilla y que el señor Hugo es una tempestad: huye de su camino, pero no le irrites.»—Calló, me dió la mano á besar y me despidió.

BRIG. ¿Lo veis, señora, lo veis? ¡Cómo había yo de resistirle!

DIANA. Juré. ¡No hay remedio!

BRIG. Pero... si el juramento es nulo.

COLETA. Fué arrancado por la fuerza.

BRIG. Y el señor Cabet está indultado.

COLETA. Y mi padre saldrá libre.

DIANA. (O ser suya ó morir. ¡Morir de todos modos!)

COLETA. Os autorizó á negaros si podíais.

BRIG. Y podéis.

DIANA. ¿Y si me niego?

COLETA. Su amenaza es ya imposible.

BRIG. ¡Casarse una mujer tan buena con un hombre tan malo! No puede ser.

COLETA. Consultad con vuestra conciencia.

BRIG. Al lado de ese hombre la vida os será un martirio.

DIANA. ¿Cómo casarme con él si no le amo? ¡Si le aborrezco! No debo casarme con él, no; la conciencia me lo grita, mi dignidad me lo manda. Sea como queréis, sea como yo quiero. (Se sienta y escribe dictándose en alta voz.) «Señor Hugo: puedo negarme, y me niego. Los dos se han salvado. Es inútil que insistáis, porque estoy resuelta á no volver á veros más.» (Cierra el escrito en forma de carta y lo entrega á Coleta.) Toma, Coleta, lleva tú misma el recado.

COLETA. Así os veis libre de tan tremendo dolor.

DIANA. No te detengas.

COLETA. Pedro llevará la carta á su destino. (Vase Coleta.)

ESCENA V

DIANA y BRÍGIDA

BRIG. No le ha de gustar al señor Hugo el recado, pero ¡que rabie! Después de todo, su amor es más un empeño que una pasión. Los hombres malos no tienen amor á nadie.

- DIANA. ¿Todavía estás aquí? Te mandé salir; te despedí de mi casa.
- BRIG. Dócil obedezco para probaros mi cariño y mi arrepentimiento. Me iré; pero dejadme arreglar mi equipaje. Mientras, salís con Coleta... y cuando volváis, me despido.
- DIANA. Antes de la noche has de irte.
- BRIG. Sois muy injusta conmigo.

ESCENA VI

DIANA, BRÍGIDA y COLETA

- COLETA. Ya fué Pedro con la carta, y le encargué también que averigüe algo sobre el paradero del señor Cabet. Ya podemos irnos, señora.
- DIANA. Sí, vámonos.
- COLETA. El paseo os ha de sentar bien.
- DIANA. Vamos, vamos, no sea que Hugo se decida á replicar. No quiero verle.
- BRIG. Como se atreva á volver, yo le diré cuántas son cinco.
(Vanse Diana y Coleta.)

ESCENA VII

BRÍGIDA

Que ha de venir, es seguro: en cuanto se entere del recado. ¡Ah, florecilla, expuesta á la furia del huracán! Si yo dicto la carta, no sale mejor. ¡Mujer odiosa! Has puesto tus manos sobre Brigida y te has perdido. Necesito vengarme y gozar en tu desventura. Pero ¿cómo? ¿por qué medio? (Queda pensativa. Aparece Centellas en la puerta del fondo.)

ESCENA VIII

BRÍGIDA y CENTELLAS

- CENT. ¡Ah, de la casa!
- BRIG. ¿Eh? ¿Quién es?
- CENT. Un pobre viajero.
- BRIG. Esta casa no es un mesón.
- CENT. Pero ¿qué miro? ¡Tú eres Brígida!
- BRIG. ¡Centellas!
- CENT. El mismo.
- BRIG. ¿Por dónde has entrado?
- CENT. Por la puerta.
- BRIG. ¿Forzándola?
- CENT. Estaba abierta. Desde que forcé los remos de una galera, no me dedico á ese oficio. Están muy malos los tiempos.
- BRIG. ¡Ay, Centellas, qué tiempos aquellos!
- CENT. Eramos jóyenes. Yo era un bravo y tú... más vale callarlo; pero se ganaba dinero. Yo fui á galeras y tú á la vergüenza.
- BRIG. ¡Centellas!
- CENT. No te incomodes: si eso es verdad.
- BRIG. ¿Y qué quieres? ¿Por qué te atraves á entrar en esta casa?
- CENT. El hambre es muy atrevida. Lo que quiero es comer. Pasé, ví la puerta abierta y entré, bien ageno de que te pudiese hallar á tí dentro de esta casa.
- BRIG. (Aludiendo á un envoltorio que Centellas guarda debajo del b azc.) ¿Y qué es eso?
- CENT. Mi equipaje
- BRIG. Es bien reducido.
- CENT. Menos tenía ayer.
- BRIG. (Con ironía.) ¿Algún hallazgo?
- CENT. Una herencia.
- BRIG. ¿A quién has heredado?
- CENT. Pobre y hambriento, vagaba yo anoche por el bosque,

cuando acertó á pasar un viajero no mal portado y de misteriosa apariencia. Aquí está mi negocio, me dije, y mi hambre le asaltó.

BRIG. ¿Le mataste?

CENT. Allí se quedó para pasto de los lobos. Recogí este fardo, que era todo lo que llevaba. ¡Qué desengaño tan cruel! El hombre no llevaba ni un escudo, ni esto se puede vender á nadie.

BRIG. ¿Tan mala es la herencia?

CENT. Dentro de este envoltorio hay una magnífica bandera holandesa, y en ella, bordado con mucho primor, el escudo del príncipe Guillermo de Orange.

BRIG. Mal lo puedes pasar.

CENT. Entre los pliegues de la bandera se esconde una biblia de Lutero y un paquete de cartas dirigidas á una persona desconocida, porque en los sobres sólo hay una inicial. Todos dicen: «para D*...» Las cartas están firmadas por los capitanes rebeldes que se han apoderado de Harlém.

BRIG. ¡Jesucristo! Vete, vete pronto.

CENT. Sin comer, nunca.

BRIG. Con esos efectos estás muy comprometido y me comprometes á mi también. ¡Pues ahí es nada! Heregía y conspiración. ¡Y en esta casa, donde todos los días viene el muy alto y poderoso juez, el señor Hugo!

CENT. (Azorado.) ¿Sí?

BRIG. Si llega, y te encuentra y barrunta lo que posees, te ahorca.

CENT. O me manda quemar. Mira, Brígida, dame algún fiambre y un vaso de vino, y me marchó en seguida.

BRIG. Vale más que te vayas ahora mismo.

CENT. Sin comer, jamás.

BRIG. (Este bribón me va á servir.)

CENT. Mira que me desmayo.

BRIG. ¿En cuanto comas te marchas?

CENT. Yo te lo juro.

BRIG. Pues sigúeme. (Voy á ver si puedo emborracharlo.)

(Vanse por la puerta de la derecha. Al tiempo mismo entra Hugo por la del fondo.)

ESCENA IX

HUGO

¿Dónde estará Diana? Sin duda ya sabe que Juan Cabet está perdonado y ha ido á buscarle. ¿Qué otra explicación puede tener esta carta? (Trae en la mano la que le escribió Diana.) ¿Yo así burlado? ¡La ira me abraza! ¡Ah, pasión maldita! ¡Ah, torpe deseo que así adormeces mi altivez! ¡Diana! ¡Diana! ¿A mí una burla como esta? Mía has de ser, ó te hollaré (Aparece Brígida en la puerta de la derecha.) con mis plantas como huello los signos que trazó tu mano. (Arroja la carta al suelo y la pisa.)

ESCENA X

HUGO y BRIGIDA

- BRIG. Muy buenos días, señor Hugo.
HUGO. ¿Dónde está Diana? ¿dónde está?
BRIG. Salió... porque ya sabréis que han perdonado al señor Juan Cabet.
HUGO. ¡Por mi torpeza! ¡Por mi bondad!
BRIG. Y sale libre el padre de Coleta.
HUGO. El infierno se revuelve contra mí, pero yo me vengaré. (Brígida recoge del suelo la carta, la rompe y arroja los pedazos por la ventana.)
BRIG. (Esto sería prueba en su favor.)
HUGO. ¿La rompiste? Bien has hecho. Así quebraré yo la vida de Diana.
BRIG. Está enamorada de Juan Cabet.
HUGO. ¡Desdichada de ti! ¿qué has dicho? ¡Dí que mentes!
¡Dílo!

- BRIG. Y se casarán, no lo dudéis.
HUGO. Nunca: mía ó muerta.
BRIG. Diana os aborrece.
HUGO. Yo domaré su esquivéz.
BRIG. Por el terror. Eso puede mucho.
HUGO. Tienes razón. Probemos ese medio. (Saca un bolsillo con dinero y se lo da á Brigida.) El demonio te ha inspirado. Aquí hay cien doblas y te daré otras ciento, si Diana duerme esta noche en la cárcel.
BRIG. Ordenad que la prendan en seguida, sin perder momento.
HUGO. ¿Golpe seguro?
BRIG. Seguro. ¡Si todo lo tengo listo! Que registren bien en su dormitorio.
HUGO. (Viéndose.) Pues no más dilaciones; pero ¡ay de tí si me engañas!
BRIG. Descuidad, que yo también trabajo por mi cuenta. (Vase Hugo, y Brigida queda por un momento en la puerta, viéndole ir. Entra Centellas en escena, con su fardo debajo del brazo.)

ESCENA XI

BRIGIDA y CENTELLAS

- BRIG. ¿Ya saciaste el hambre?
CENT. Y la sed. ¡Qué buen vino me has dado!
BRIG. ¿Y te marchas?
CENT. En seguida.
BRIG. ¿Qué piensas hacer con ese lio?
CENT. Allá veremos.
BRIG. Con eso vas muy cemprometido. Debes deshacerte de esos objetos.
CENT. Sería lo mejor; ¡pero á un pobre le duele tanto deshacerse de una herencial
BRIG. El señor Hugo ha estado aquí y ahora mismo acaba de irse.

- CENT. (De eso ya me he enterado yo.)
- BRIG. De buena has escapado.
- CENT. Por eso quiero escapar de esta casa.
- BRIG. ¿Por qué no me dejas ese fardo á mí, y así te vas libre de cuidados?
- CENT. ¡Cuánta abnegación! ¡Y luégo dicen que no hay buenos amigos en la tierra! Yo debo corresponder á tanta generosidad huyendo sin más tardanza. ¿Cómo he de permitir que te comprometas tú por salvarme yo? Me inarcho, me marchó. (Hace como que se va y Brígida lo detiene.)
- BRIG. (Con resolución.) Te lo compro todo.
- CENT. Eso ya es otra cosa, porque eso es señal de que necesitas estos objetos. Siendo así, te los vendo.
- BRIG. Mi interés es por salvarte.
- CENT. (Pues los vas á pagar caros.)
- BRIG. Por supuesto, que los vas á vender por poco dinero.
- CENT. ¿Cuánto me ofreces?
- BRIG. Tres doblas.
- CENT. Ciento quiero, ni una menos.
- BRIG. ¡Jesús! Eso es un tesoro. ¿De dónde iba yo á sacar tanto dinero? ¿Ni para qué?
- CENT. El señor Hugo te ha dado un bolsillo con esa cantidad.
- BRIG. (Como negando.) ¡Ave María Purísima!
- CENT. Y te ha prometido otras ciento.
- BRIG. Tú has bebido mucho.
- CENT. Bastante; pero al mismo tiempo os escuchaba. ¿Cómo vas á vender y calumniar á tu señora, si no me compras todo esto?
- BRIG. (Haciendo grandes protestas con el ademán.) Tú no has escuchado bien.
- CENT. Entonces, adiós.
- BRIG. Veinticinco doblas.
- CENT. Ciento.
- BRIG. Cincuenta.
- CENT. ¿Y mi silencio y mi complacencia en servirte, no valen nada?

BRIG. (Hablando consigo.) Yo siempre fea... ¡ella hermosa! Yo siempre mala... ¡ella buena! (Transición.) Pero hombre, si lo que pides es mucho, ¡muchísimo!

CENT. ¡Pero si el señor Hugo dará mucho más!

BRIG. (Otra vez dominada por la envidia.) ¡Ella querida de todos, y yo vieja, aborrecida! Por entregarla al verdugo doy las cien doblas, y daría hasta mi alma. (Entrega á Centellas el bolsillo que le dió Hugo y le toma con precipitación el fardo.) Toma... dame... y vete. ¡Vete, que el llanto me ahoga! ¡Ay, qué cara es la venganza! (Vase por la puerta de la izquierda llevandose el fardo.)

ESCENA XII

CENTELLAS

¡Ay, qué lástima de sogal! Aquí hay que huir el cuerpo, porque de mi lío, que es pequeño, esta gente va á hacer un lío muy grande. Ya tengo dinero. (Hace sonar las monedas del bolsillo y se va por la puerta del fondo.)

ESCENA XIII

BRÍGIDA

El fardo lo ha dejado en el dormitorio de Diana.

¡Qué sacrificio tan grande! ¡Me voy á morir de dolor! Menos mal si la queman. Ha puesto sus manos sobre mí, y no la perdono. ¡Qué virtud tan odiosa la de esa mujer! ¡Maldición sobre ella! (Vase por la puerta de la derecha. Por la del fondo entran Diana, Coleta y Dionís.)

ESCENA XIV

DIANA, COLETA y DIONÍS

COLETA. Ya hemos llegado. Hoy me parece que respiro mejor

que otros días. Al fin estáis en libertad, padre mío.

DIANA. A vuestra casa, Dionís, á vuestra casa en seguida. Allí os esperan con afán.

DIONIS. A mi casa voy, á abrazar á mi esposa y á mis hijos; pero Coleta ha de quedarse aquí.

DIANA. Hoy debéis reuniros en familia, y Coleta es vuestra hija querida.

COLETA. Brigida está despedida. ¿Cómo queréis que os deje sola? Un abrazo, padre; abrazadme y hasta mañana.

DIANA. Me duele el tiempo que habéis perdido acompañándome.

DIONIS. Era mi obligación. ¿Cómo? Vos habéis sido mi providencia y la de mis hijos, como lo sois de todos los necesitados; vos habéis hecho que la orden de mi libertad se comunique pronto; vos misma habéis venido á sacarme de la cárcel, ¿y no queréis que yo venga hasta dejaros en vuestra casa? Eso es lo menos que puedo hacer. Mi vida os ofrezco si de ella necesitáis

COLETA. Y la mía y la de mis hermanos.

DIANA. Exageráis lo que hice.

DIONIS. ¡Qué hermoso es el bien, señoral

COLETA. ¡Qué hermosa es la caridad!

DIANA. Más hermoso es el agradecimiento. Id, buen padre, id con vuestros hijos y no os privéis por mí de la compañía de Coleta.

DIONIS. Coleta se queda. Adiós, hija mía, hasta mañana. Adiós, señora, y Dios os premie en el cielo por vuestras buenas obras en la tierra.

DIANA. A vuestra casa, Dionís, á vuestra casa.

DIONIS. Adiós, Coleta.

COLETA. Adios, padre. (Dionís y Coleta se abrazan.)

DIONIS. ¡Dios os bendiga, hermosa señoral (Vase por la puerta del fondo.)

ESCENA XV

DIANA y COLETA

COLETA. ¿Habrá venido el señor Hugo?

DIANA. No quiero ni preguntarlo.

COLETA. ¿Aún tenéis puesto el manto? (Desprende el manto á Diana.) Permitid que os lo quite. ¡Que se os vea la frente! Así. ¡Qué bi en os estaría una corona de flores!

DIANA. ¡Flores! ¿Flores con el alma dolorida?

COLETA. Ya no hay que temer. Ya todo nos sonrío.

DIANA. Mañana es el día de los Difuntos. Mañana cubriré de flores la tumba de Rafael.

COLETA. No se han de sembrar pocas en torno á vuestro sepulcro el día que vos muráis. Pero ¿quién piensa ahora en la muerte? Vivid mil años.

DIANA. Dios me dé vida para ceñirte la frente con olorosos azahares.

COLETA. Vuestra corona es mejor. Cada vez que os miro, creo ver en torno á vuestra cabeza una aureola de vivísima luz, así como el nimbo de los santos.

DIANA. Exaltaciones son de tu cariño.

COLETA. Dicen las gentes. comparando entre vos y el señor Hugo, que vos venís del cielo y él del infierno; que vos sois la luz y él es la sombra; que vos sois la bondad humilde y él es la soberbia satánica; que vos sois la pureza y él es el pecado. Y eso lo dicen sin saber que él y vos os conocéis y os tratáis.

DIANA. Con el fresco timbre de tu voz, ¡cuántas ideas has agolpado en mi mente! Yo no creo ser buena, porque ser buena sería ser perfecta, pero soy mejor que Hugo. Hugo es hijo de estos tiempos de transición en los que riñen su último combate las fierezas del ayer y el humanismo del mañana. ¿Quién vencerá? La victoria es, en esta batalla, para el soberbio que dispone de la fuerza en el momento de la lucha; pero la gloria es

para la bondad, que con su constancia y á fuerza de virtudes, prepara en la tierra un hermoso porvenir para la raza humana. En tiempos, quizás muy lejanos todavía, los libros y los sabios no serán perseguidos, y los hombres serán honrados por sus virtudes. (Se oyen uacos golpes por la puerta del fondo.)

COLETA. Llaman, y fuerte.

DIANA. ¿Quién podrá ser? (Entra Brígida en escena.)

ESCENA XVI

DIANA, COLETA y BRÍGIDA

BRIG. Voy á ver quién es.

DIANA. ¿Aún estás en mi casa?

BRIG. Me iré en seguida.

DIANA. Averigua quién llama y luégo vete. (Vase Brígida por el fondo.)

COLETA. Pocas ganas tiene Brígida de irse.

DIANA. Pues ha de irse antes que la noche llegue. (Vuelve á entrar Brígida.)

BRIG. Señora: un señor Juez pide permiso para hablaros.

DIANA. Dí que puede pasar.

BRIG. Es que... viene acompañado.

COLETA. ¿Con quién?

BRIG. Trae Escribano, Alguaciles y Guardias.

COLETA. ¡Cielos! ¿Qué puede ser?

DIANA. (A Brígida.) Dí al señor Juez que le espero. (Vase Brígida por el fondo.)

COLETA. ¿Qué puede querer la justicia?

DIANA. Ya lo veremos.

COLETA. Estoy atormentada por la curiosidad.

ESCENA XVII

DIANA, COLETA, un JUEZ, un ESCRIBANO, ALGUACILES
y SOLDADOS

El Juez entra delante, seguido del Escribano, ambos con el sombrero en la mano, y detrás entran los Alguaciles y Soldados, cubiertos. Brígida atraviesa la escena y se va por la puerta de la derecha. Diana queda en primer término entre el Juez y el Escribano. Coleta á la izquierda, los Alguaciles á la derecha, en segundo término, y los Soldados á uno y otro lado de la puerta del fondo.

- JUEZ. Perdonad, señora, si vengo á turbar vuestra tranquilidad.
- DIANA. Bien venido seáis. ¿Qué queréis de mí? ¿En qué puedo serviros? Pero... ¿á qué este aparato de fuerza, señor Juez?
- JUEZ. En cumplimiento de mi penoso deber.
- DIANA. ¿Venís á prender á alguien?
- JUEZ. A vos.
- DIANA. ¿A mí?
- COLETA. ¿Qué dice?
- DIANA. ¿De qué me acusan?
- JUEZ. De hereje.
- COLETA. ¡Jesús! ¡Si es casi una santa!
- ESCRIB. Hay que ver si resulta cierta esta denuncia. (Muestra un papel que tiene en la mano.)
- COLETA. ¡Miserables!
- DIANA. ¿Una denuncia anónima?
- ESCRIB. Se ofrecen testigos.
- JUEZ. Y pruebas.
- DIANA. Leedme esa calumnia. (El Escribano se cala las antiparras y lee.)
- ESCRIB. «Acusada de sostener correspondencia con los sectarios de Lutero.»
- DIANA. Eso, en mí, no hay quien lo crea.
- JUEZ. Pero hay quien lo prueba.

- ESCRIB. (Leyendo.) «Acusada de conspirar á favor de Holanda.»
- DIANA. ¡Mentira!
- COLETA. ¡Impostura!
- ESCRIB. (Leyendo.) «Acusada de dár asilo á herejes y conspiradores sentenciados á muerte.»
- DIANA. ¡Las pruebas! ¿Dónde están las pruebas?
- JUEZ. Dicen que en vuestra casa.
- DIANA. Registrad, señor Juez, registrad. (Coleta se aproxima á Diana y las dos forman grupo.)
- ESCRIB. (Al Juez.) ¿Se procede al registro?
- JUEZ. (A Diana.) ¿Dónde está vuestro dormitorio?
- DIANA. Aquí: esa es la puerta.
- JUEZ. (Al Escribano.) (Dejad el dormitorio para lo último.)
- COLETA. ¡Valor, señora! ¡Valor!
- DIANA. ¡Que registren, señor Juez!
- JUEZ. (Al Escribano.) Empezad por allí. (Le señala la puerta de la derecha. Vase por ella el Escribano y le siguen todos menos Diana y el Juez.)

ESCENA XVIII

DIANA y EL JUEZ

- JUEZ. Señora: cuando no me miran los familiares de la justicia, antes que Juez soy caballero.
- DIANA. Siempre debéis serlo.
- JUEZ. La ley es la ley; pero si algo os puede comprometer, entrad en el dormitorio, y lo que sea arrojadlo por la ventana. En el dormitorio dicen que están las pruebas...
- DIANA. Tranquila está mi conciencia.
- JUEZ. No basta eso para escapar en bien.
- DIANA. ¿Siendo inocente?
- JUEZ. Lo sois y vais á aparecer criminal.
- DIANA. Entonces, ¿qué es la justicia?
- JUEZ. La esclava de las leyes.
- DIANA. (May excitada.) ¡Mientras haya serviles, habrá tiranos;

pero sin tiranos, sin tormentos, sin verdugos y sin dóciles é impasibles hechuras de los poderosos, ni habría héroes para la historia, ni mártires para los altares, ni energías para el alma, ni esperanzas para el cielo, ni progresos para la humanidad! ¡Que me juzgue Dios!

JUEZ. ¡Ha cumplido el caballero!

DIANA. ¡Haga justicia el Juez! (Entran en escena todos los que salieron en la anterior, y se sitúan como antes estuvieron.)

ESCENA XIX

DIANA, EL JÚEZ, EL ESCRIBANO, COLETA, ALGUACILES
y SOLDADOS

ESCRIB. (Al Juez.) ¡Nada hemos hallado!

COLETA. ¡Nada! ¡Si no es posible!

JUEZ. Registrad en esa habitación. (Señala á la puerta de la izquierda y vanse por ella el Escribano y los Alguaciles.)

COLETA. (A Diana.) (¿Y estáis, señora, tranquila? ¿Nada teméis?)

DIANA. Soy inocente. ¿No lo sabes tú?

COLETA. (¡Tengo mucho miedo!) (Vuolven á entrar en escena el Escribano y los Alguaciles. Uno de ellos trae el fardo que Centellas vendió a Brígida; va sacando los objetos uno á uno, se los va entregando al Juez, éste los pasa al Escribano, que los examina y denuncia, como se indica en la escena que sigue. Aparece en la puerta del fondo Juan Cabet, vestido de caballero de la época; pero al pronto nadie repara en él, ni traspasa el umbral de la puerta hasta que es oportuno.)

ESCENA XX

DICHOS y JUAN

ESCRIB. Dimos con las pruebas.

JUEZ. Veámos.

- ESCRIB. «Una Biblia de Lutero.»
- DIANA. ¿Una Biblia?
- COLETA. ¿A ver?
- JUEZ. Indicio de la sospecha.
- ESCRIB. «Varias cartas firmadas por Lázaro Müller, capitán rebelde.»
- JUEZ. ¿Su fecha?
- ESCRIB. De este mes y en Harlém.
- DIANA. ¿Me calumnian!
- COLETA. Todo eso es una farsa.
- ESCRIB. «Otras cartas firmadas por Felipe Coninxo.»
- DIANA. Esos papeles no son míos.
- JUEZ. ¿A quién se dirigen esas cartas?
- ESCRIB. A D*...: no hay sino esa letra.
- JUEZ. Sospecha vehemente.
- ESCRIB. (Extendiendo la bandera para que se vea.) «Una bandera con los colores y armas de Guillermo de Orange.»
- JUEZ. Prueba plena.
- DIANA. Falsedad notoria... criados comprados. (Juan Cabet baja al primer término.)
- JUAN. Esos objetos son míos, señor Juez.
- DIANA. ¡Ah!
- JUEZ. (A Juan.) ¿Vos os llamáis Juan Cabet? (Juan muestra un papel al Juez.)
- JUAN. Leed.
- JUEZ. (Después de leer.) Este es un salvo-conducto á favor del capitán Diéguez.
- JUAN. Ese era yo. Estaba perseguido.
- JUEZ. ¿Cómo están en esta casa los objetos que por vuestros reclamáis?
- DIANA. No son suyos.
- JUAN. Míos son.
- DIANA. Miente, señor Juez, miente.
- JUAN. Míos son: por míos los reclamo. Aquí los dejé olvidados, aquí me oculté.
- DIANA. ¡Jesús!
- COLETA. ¡Mentira!

- JUEZ. (A Diana.) Anoche era un reo de muerte y le ocultásteis á la justicia. (Se pone el sombrero y el Escribano también.)
- JUAN. Mentí por salvarla.
- JUEZ. (A los Alguaciles.) Prended á esa mujer. (Juan desenvaina la espada y hace cara á los Alguaciles; pero los Soldados le sujetan por detrás.)
- JUAN. ¡Atrás, canalla! ¡Ah! ¡Maldición!
- JUEZ. Así: desarmadlo y prendedlo también.
- JUAN. (A Diana.) ¡Me vencen, señora! Os quise salvar y os he perdido.
- JUEZ. A la cárcel los presos.
- DIANA. (Con exaltación.) A la cárcel, al tormento, á la hoguera. Vamos allá. Con la sangre de los inocentes y las cenizas de los mártires, se amasan los horrores que fecundan las ideas del progreso y de la libertad. Vamos al martirio. (Vase con valentía por la puerta del fondo y tras ella todos. Juan va sujeto.)
- COLETA. ¡Tened piedad! ¡Si son inocentes! (Mientras se van yendo, aparece Brígida y atraviesa la escena hasta la puerta del fondo como para cerciorarse de que Diana va aprisionada. Después baja al primer término, frotándose las manos de contento.)

ESCENA XXI

BRÍGIDA

Cayó la cierva en la trampa. (Cae el telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Un patio de la cárcel. Al fondo una verja de hierro con puerta practicable, de doble hoja. La puerta está cerrada. Más allá de la verja un pasadizo, limitado por el telón del foro, que debe representar un grupo de edificios de la misma cárcel. En el costado lateral de la derecha hay dos puertas, y entre ambas, un nicho con una santa imagen y delante una lámpara ardiendo. Frente á la segunda puerta, casi en el centro del escenario, dejando libre la vista de la gran puerta del fondo, se eleva una cruz de madera pintada de negro. En el costado lateral de la izquierda, hay un pabellón saliente, con puerta practicable, que da sobre la cara lateral. Al frente del público tiene el pabellón una ventana con fuertes barrotes de hierro, quedando como un pasadizo entre la fachada de la ventana y el primer término. Debajo de esta ventana hay un asiento adosado al muro. Este pabellón es la prisión de Diana. La ventana roja del pabellón tiene una contraventana que se cierra por la parte de la escena. Es de día, primeras horas de la mañana.

ESCENA PRIMERA

BRIGIDA

Creo que hoy terminarán mis angustias. De nadie se ha fiado el señor Hugo, sino de mí, para que esté al inmediato cuidado de Diana. Y ella se siente torturada con mi presencia, y yo me siento en tortura á la

presencia de mi víctima. ¡Cuántos deseos tengo de que muera! Pero es preciso fingir compasión para engañar al mundo. Es preciso disimular mucho. Vamos á contar mi dinero. (Se sienta en el banco debajo de la ventana, saca una bolsa y empieza á contar monedas, produciendo el consiguiente ruido metálico. Diana se asoma á la reja. Viste de negro y lleva el cabello suelto y destrenzado.)

ESCENA II

BRIGIDA y DIANA

DIANA. Ese debe ser el premio de su traición. Cercana debe estar mi muerte. (Diana se separa de la ventana y Brígida esconde el dinero al ver que llega gente.)

ESCENA III

BRIGIDA, HUGO, el JUEZ, el ESCRIBANO y cuatro ALGUACILES

Los que llegan entran por la primera puerta lateral de la derecha.

JUEZ. (Al Escribano.) Notificad la sentencia á la reo.
ESCRIB (Á Brígida.) Abrid y entrad. (El Escribano, Brígida y dos Alguaciles entran en el pabellón. Otros dos Alguaciles quedan en la puerta.)

ESCENA IV

HUGO, el JUEZ y dos ALGUACILES

JUEZ. (Á Hugo.) No debéis estar aquí. El suceso os tiene afectado.
HUGO. Daría mi vida por salvar la de Diana.

- JUEZ. ¡Que no os oigan! Vuestro celo en su favor os puede comprometer.
- HUGO. Sus confesiones se las arrancó el tormento.
- JUEZ. Tiene cómplices, y ni aun á costa de su perdón quiere declarar sus nombres.
- HUGO. (Cómplices imaginarios.)
- JUEZ. Testigos en su contra, hay muchos.
- HUGO. (Testigos falsos.)
- JUEZ. Padece manías.
- HUGO. ¿Quién dice eso?
- JUEZ. La mujer que la guarda y otros muchos.
- HUGO. (Miserables hechuras mías.)
- JUEZ. Y pues que no la perdonan, mejor es que muera.
- HUGO. ¿Mejor?
- JUEZ. Mejor es morir que vivir loco.
- HUGO. ¿Diana loca?
- JUEZ. Prefiere morir á delatar
- HUGO. Eso prueba su virtud y su entereza.
- JUEZ. Esa mujer es el ídolo de las gentes sencillas.
- HUGO. La tarde de hoy será de duelo.
- JUEZ. Quizás la mañana. Se teme un motín. Pretenden salvarla, y si damos tiempo...
- HUGO. No lo harán. Si es necesario, yo intercederé por ella.
- JUEZ. Serían inútiles vuestros ruegos, si fuese preciso adelantarse la ejecución. La leña está amontonada en la plaza.
- HUGO. Haré que el pueblo se retire; haré que se doblen las guardias.
- JUEZ. Es lo prudente. Y quedad con Dios, que mi deber me llama á la prisión de Diana. (El Juez penetra en el pabellón.)

ESCENA V

HUGO, COLETA, dos ALGUACILES y un SOLDADO

Entra Coleta corriendo por la primera puerta lateral de la derecha, y detrás de ella un Soldado, deteniéndola; pero ella lucha y arrastra al Soldado detrás de sí. Los Alguaciles siguen en su puesto.

COLETA. ¡Dejadme, dejadme! Son inútiles vuestros esfuerzos. O me matáis, ó la veo. ¡Soltad, soltad! (Al ver el Soldado á Hugo suelta á Coleta y se descubre. Hugo coga á Coleta con violencia por un brazo.)

HUGO. ¿Qué vienes á hacer aquí?

COLETA. (Desosándose por un movimiento brusco.) ¡No me toquéis! ¡Cuidado!

HUGO. Vete, ó mando que te azoten.

COLETA. Aquí mandan los jueces.

HUGO. No verás á Diana.

COLETA. ¡O la veo, ó me matan!

HUGO (Al Soldado.) Llévatela por la fuerza. (El Soldado se apodera de Coleta, quo se resiste, renovándose la lucha. Al fin el Soldado la arrastra hacia la puerta.)

COLETA. ¡No, no! ¡Si es inútil! ¡Si me haréis pedazos! ¿Y hay justicia en la tierra? ¡Padre, padre! ¡Socorro, socorro! (Á los gritos de Coleta, salen del pabellón el Juez, el Escribano, Brígida y los otros dos Alguaciles. Brígida cierra la puerta del pabellón. Los demás, todos acuden á donde está Coleta. Diana se asoma á la reja del pabellón. Dionís, vestido de soldado y con una pica en la mano, se deja ver por detrás de la verja del fondo. Brígida baja al primer término después de haber cerrado la puerta del pabellón.)

ESCENA VI

HUGO, COLETA, el JUEZ, el ESCRIBANO y BRÍGIDA;
DIONÍS, detrás de la verja; un SOLDADO, cuatro ALGUACILES
y DIANA, por dentro de la reja.

Rapidéz en las frases y en la acción en los primeros momentos.

COLETA. ¡Socorro!

JUEZ. ¿Quién pide favor?

DIONIS. (¡Rayos del cielo!)

COLETA. ¡No puedo más!

JUEZ. (Al Soldado, interponiéndose entre él y Coleta.) ¡Suelta! ¿No ves que es casi una niña?

- COLETA. ¡Gracias, gracias, señor Juez!
- DIANA. (Era Coleta.)
- DIONIS. (¡Pobre hija mía!)
- JUEZ. (A Coleta.) ¿Qué quieres?
- COLETA. Quiero ver á mi señora.
- DIANA. (¡Es ella!)
- HUGO. Quiere ver á Diana.
- JUEZ. (A Hugo.) ¿Y os oponíais?
- HUGO. Ese Soldado cumplía con su deber. (Coleta se arrodilla y suplica al Juez.)
- COLETA. ¡Ah, señor! ¡señor! Dadme permiso para verla, para hablarla, para besarla. ¡Si la quiero como á mi madre! Va á morir, y es el único consuelo que nos queda.
- JUEZ. Levántate. ¿Eres Coleta?
- COLETA. Coleta.
- JUEZ. Yo te concedo el permiso que solicitas. (Coleta se pone de pié.)
- HUGO. (Al Juez.) ¿Lo habéis pensado bien?
- JUEZ. (A Hugo.) Acaba Diana de hacerme igual súplica.
- HUGO. Si Diana lo desea, no se le puede negar ese consuelo.
- COLETA. Pero ¿es verdad?
- JUEZ. Vas á verlo. (Dionís, con la pica al hombro, se pasea por detrás de la verja.)
- HUGO. (¡Si coleta sabe algo!... ¡Si lo revela!...)
- JUEZ. (A Brígida.) Vais á permitir á esta joven que hable con Diana por allí, por la reja.
- COLETA. (Al Juez, aparte.) (Esa vieja es muy mala, ¡muy mala! En cuanto os vayáis no ha de dejarnos hablar. Querrá escucharnos, ¡y estorba tanto un testigo á dos que se quieren bien!)
- JUEZ. (A Brígida.) Vais á vigilarlas, pero no á escucharlas. Tenedlo bien entendido.
- BRIG. Seréis obedecido, señor Juez.
- HUGO. (Necesito hablar con Brígida.)
- JUEZ. (Á Coleta.) Si la carcelera no cumple con mi orden, acude á mí.
- COLETA. ¡Cuán bueno sois! ¡Cuán bueno es Dios! (Coleta se llega

hasta la cruz de madera, y queda á su pié en oración hasta el final de la escena.)

JUEZ. Ya es hora de salir de aquí.

HUGO. (A Brígida.) (Luégo he de hablarte.)

JUEZ. (A Hugo) Vamos, señor.

HUGO. VAMOS. (Vanse por la primera puerta lateral de la derecha Hugo primero y tras ól los demás, menos Brígida y Coleta. Diana sigue asomada á la reja del pabellón y Dionís continúa su centinela. Coleta deja de orar.)

ESCENA VII

COLETA, BRÍGIDA, DIANA y DIONÍS

DIANA. Ya se van. ¿Y Coleta?

COLETA. (¡Por fin!)

BRIG. (No las perderé de vista.)

COLETA. (A Brígida.) Tú, aquí, madre Brígida, á este lado. Lejos de Diana, lejos de mí. ¡Cuidado con acercarte! (Poco á poco, y volviéndose para mirar á Brígida, se va aproximando á la reja del pabellón, pero Diana no la ve hasta que se presenta de lleno.)

BRIG. (Bueno es que me vean rezar por el alma de la sentenciada.) (Se arrodilla delante de la imagen del nicho y hace como que reza, pero se coloca de modo que pueda ver á Coleta. Por fin llega Coleta á donde está Diana. Explosión de afecto en ambas.)

COLETA. (Besándole á Diana las manos.) ¡Señoral! ¡Señora mía!

DIANA. (Besando á Coleta.) ¡Coleta! ¡Coleta de mi alma!

COLETA. ¡Os quieren matar!

DIANA. ¿Y tu padre?

COLETA. Le veréis.

DIANA. ¿Y Juan Cabet? ¿Sigue preso?

COLETA. Le dieron por libre y está en Bruselas.

DIANA. ¿En Bruselas?

COLETA. Gestionando vuestro perdón.

- DIANA. Dios se lo pague. Nada logrará. ¡Está mi muerte tan cercana!
- COLETA. ¡Quién sabe! Yo no puedo creer en vuestra muerte.
- DIANA. Hoy me queman. ¡Soy un moribundo en la agonía; pero veo á un sér querido, te veo á tí después de seis meses de misteriosa reclusión y de tormentos, y bendigo á Dios!
- COLETA. (Bajando la voz y arrodillándose en el banco de piedra para que Diana la oiga mejor.) (Oíd, oíd todo lo que voy á decir; oidlo sin moveros, sin hablar. Brigida nos está acechando y yo vengo á salvaros.)
- DIANA. (¿Tú?)
- COLETA. (La menor imprudencia puede perdernos á todos.)
- DIANA. (Habla.)
- COLETA. (El señor Cabet obtuvo la libertad hace tres meses. Procuró veros. ¡Inútil afán! Yo también lo he procurado inútilmente.)
- DIANA. (Lo creo; mis buenos amigos.)
- COLETA. (Sabíamos los tormentos que os daban, las decisiones de los jueces, la sentencia recaída y aplazada en espera de vuestras denuncias. Nombraron Gobernador de la ciudad al señor Hugo.)
- DIANA. (¡Ah!)
- COLETA. (Y el señor Cabet decidió ir á Bruselas á procurar personalmente vuestro perdón. El caso urgía, podía llegar el duque de Alba y entonces no había remedio.)
- DIANA. (No ha llegado, y ya lo ves, me matarán.)
- COLETA. (Yo estoy aquí y os salvo. Mi padre ha comprado á un centinela y ocupa su puesto. Pedro espera cerca, tiene un buen caballo y es un buen jinete. En sus brazos y á todo correr, dentro de una hora estáis en salvo.)
- DIANA. (¿Y Dionís? ¿y tú?)
- COLETA. (Os seguiremos.)
- BRIG. (Larga es la plática y ya me impaciento.) (Se pone de pié haciendo reverencias al santo.)

DIANA. (A Coleta.) (No puedo aceptar vuestro sacrificio. Ponéis en peligro vuestra vida.)

COLETA. (Esforzándose en convencer á Diana.) (En el peligro estamos. No se evita de ningún modo. El pueblo conoce ya vuestra sentencia y no se conforma con ella. ¡Cuánta sangre se derramará si estalla un motín! Ese generoso pueblo, de quien sois el ídolo, será acuchillado por las tropas de Hugo. Y luégo llegará el señor Cabet, enamorado, y os traerá el perdón, la vida, y morirá de dolor al hallaros muerta: porque vais á morir. (Cruza las manos en actitud de súplica.) ¡Morir vos! ¡Tan joven, tan buena, tan hermosa y tan querida! Morir inocente ¡en la hoguera! ¡Y morir en el mes de las flores, cuando todo convida á vivir! Morir vos es matarme.) (Diana besa con efusión la cabeza de Coleta.)

DIANA. (¡Hija de mi corazón!)

COLETA. (¿Os salvo?)

DIANA. (Hágase tu voluntad.)

COLETA. (Pues adentro... y Dios sea con nosotros.) (Indica á Diana, con el ademán, que se separe de la reja, y en seguida cierra la contra-ventana con cerrojo.)

ESCENA VIII

DIONIS, COLETA y BRIGIDA

BRIG. ¿Qué haces?

COLETA. Cierro esta ventana.

BRIG. ¿Para qué? Ya es hora de que te vayas. (Coleta se aproxima á Brígida.)

COLETA. Madre Brígida, escúchame un secreto. (La coge con fuerza por un brazo.)

BRIG. Suéltame ó grito. (Coleta saca un puñalito y amenaza á Brígida.)

COLETA. ¡Si gritas, te mato! (Dionís se acerca á la verja. Brígida se vuelve hacia él, invocándole para que la socorra.)

BRIG. ¡Favor, centinela, favor!

- COLETA. ¡Calla!
- BRIG. ¡Grita, soldado, grita!
- COLETA. Padre, ¿qué hago?
- DIONIS. Si se resiste, mácala.
- BRIG. ¡Su padre! ¡Estoy perdida!
- COLETA. ¡Obedece! (Brígida se arrodilla á los piés de Coleta, que no la suelta y la amenaza con el puñal hasta el fin de esta escena. Coleta la va obligando á acercarse á la puerta del pabellón.)
- BRIG. Tú eres buena. Tú no puedes verter la sangre de una pobre anciana.
- COLETA. Sígueme y obedece.
- BRIG. ¡Perdón! (Llegan á la puerta del pabellón.)
- COLETA. Si quieres vivir, abre esa puerta.
- BRIG. ¡No, eso no!
- COLETA. ¡Abre, víbora, abre, ó mueres! (Brígida saca una llave y abre la puerta del pabellón, dejando la llave en la cerradura.)
- BRIG. ¡Ya está! ¡Sí, ya está! (Coleta empuja con fuerza á Brígida y la obliga á entrar en el pabellón, quedándose ella en el umbral; Dionís sigue todos sus movimientos.)
- COLETA. (A Brígida.) Entra. (A Dionís.) Padre: ¡alerta! (Entra en el pabellón entornando las hojas de la puerta.)

ESCENA IX

DIONÍS, detrás de la verja.

¡Solemne momento! Por fortuna nadie pasa. No soy cobarde y tengo miedo. (Se quita el sombrero y lo mueve, como haciendo una señal, en dirección á la derecha.) Allí está... ya me vió.

ESCENA X

DIONÍS y PEDRO, detrás de la verja.

DIONIS. Coleta y Diana van á salir. Espéralas á caballo. Si la salvas, ¡cómo te va á querer mi hijo! (Vase Pedro por

donde vino. Dionís, con la pica al hombro, vuelve á pasearse. Salen del pabellón Diana y Coleta. Diana lleva puesto el manto de Brígida. Coleta cierra con llave la puerta del pabellón, y se guarda la llave en un bolsillo.)

ESCENA XI

DIONIS, COLETA y DIANA

COLETA. Bueno es dejarla encerrada.

DIANA. ¡Si te sorprenden!...

COLETA. Imitad todo lo posible el modo de andar de Brígida. Encorváos un poco... así. Rebozáos bien, que no os vean el rostro. Todo va bien. Un poco de serenidad, un poco de audacia, y dentro de algunos minutos, en libertad.

DIANA. ¡Voy á salvar mi vida y tiemblo!

COLETA. (Señalando á la segunda puerta de la derecha.) Por allí saldréis. Cuando yo dé tres golpes en la puerta, abridla, y salid sin miedo y sin perder tiempo. Ahora, un abrazo y adiós.

DIANA. ¡Bendita seas!

COLETA. Yo me marchó por donde he entrado. Conviene que me vean salir, y es prudente una exploración. (Se abrazan y besan.)

DIANA. ¡Adiós!

COLETA. ¡Hasta luégo! (A Dionís.) ¡Padre, ayudadme! (Vase por la primera puerta lateral de la derecha, y Dionís por el mismo lado tras la verja.)

ESCENA XII

DIANA

Conforme declama se va aproximando á la cruz.

¡Soy inocente y me da miedo huir! Pero es necesario. Debo evitar que se derrame sangre por mi causa. Esa

es la puerta, esa es la barrera que derriban los corazones generosos para ofrecirme vida y libertad. Ape- das puedo tenerme en pié. ¡Me faltan las fuerzas! (Ha llegado ya á la cruz y se sujeta de ella.) Tú me ofreces apo- yo, santo signo de la redención humana. Bajo la som- bra de tus abiertos brazos me siento revivir. (Se oyen tres golpes detrás de la segunda puerta lateral de la derecha. Diana se reboza bien en el manto y abre la puerta. Entra Hu- go y la puerta se cierra otra vez. Creyendo que Diana es Brí- gida, la cogé por una muñeca y la hace bajar al primar tér- mino.)

ESCENA XIII

DIANA y HUGO

DIANA. (Aterrada.) ¡Hugo!

HUGO. ¿Qué ha dicho Coleta? ¿Qué le ha contado á Diana?
(Diana se reboza todo lo posible.)

DIANA. (Sacrificio perdido. ¡Pobres amigos míos!)

HUGO. (Con violoncia.) ¿No respondes? (Diana consigue desasirse de Hugo.)

DIANA. ¡Estoy maldita!

HUGO. ¿No respondes? ¿Se lo dijo quizás? (Como si le gritara su conciencia.) ¡Llevas cubierto el rostro y me huyes con horror! ¡Lo sabes tú también, y te avergüenzas y te horrorizas á pesar de ser mi cómplice! Fué mi em- peño dominar su virtud y hacerla mía, y quiero ha- blarle, porque si hoy se rinde á mis deseos aún puedo salvarla.

DIANA. (¿Qué dice, santo Dios?)

HUGO. Es grave mi secreto y me importa mucho saber si lo supo Coleta.

DIANA. ¡Mónstruo!

HUGO. (En tono confidencial.) Hace un mes venía de Bruselas, y á toda rienda, un correo trayendo un pliego para mí, como Gobernador que soy de esta ciudad. Ese

pliego era para mí más que un tesoro; era mi felicidad; era el medio de rendir á esa soberbia mujer, y á eso vengo. Si aquí llegaba el correo y se sabía el contenido del pliego, mi esperanza se malograba. Hice asaltar y asesinar al hombre que le traía, y el pliego ha llegado á mi poder, pero nadie lo sabe, porque en el secreto consiste el que pueda yo conseguir mis deseos ó mi venganza. Aquí traigo ese papel. Si Diana acepta mis proposiciones, la llevo en triunfo á su casa; si se niega, la envío al suplicio. En ese papel, conseguido por los afanes de Juan Cabet, está escrito el perdón para Diana. (Se yergue Diana, se destoca el manto, que le queda sobre los hombros, y amenazadora se adolanta hacia Hugo. Este queda en el primer momento como anonadado y va retrocediendo, pero pronto recobra su audacia y su soberbia)

DIANA. ¡Traidor!

HUGO. ¡Diana!

DIANA. ¡Mal caballero, alma depravada, engendro monstruosos! ¿piensas vencer con el terror? La bondad podría rendirme, la soberbia jamás. Y tanto se irrita mi alma al sentir el espoleo de tu empeño vil y tenáz, que ya sus energías me dan alientos para tomar venganza por mi propia mano.

HUGO. Imposible es tu salvación si no escuchas la voz de mi deseo.

DIANA. Prefiero los horrores del suplicio al horror de mirarte. (Se oyen tres golpes tras la segunda puerta lateral de la derecha. Al oírlos Diana, conmovida, comprendiendo que aquella es la señal para que huya, no puede contenerse y dice:) «¡Coleta!» (En seguida corre hacia la puerta para decir á Coleta que huya; pero Hugo, que se figura que Diana va á irse, se interpone entre ella y la puerta.) ¡Coleta! ¡Coleta, sálvate, sálvate!

HUGO. Tú, no.

DIANA. Me quedo. No queriéndolo tú, ¿cómo me iría? De golpe lo entendí: eres mi sino.

HUGO. Tú lo has dicho.

DIANA. A mi existencia va unida tu maldad como al cuerpo su sombra, y sólo nos separará la muerte. (Aparecen por detrás de la verja Coleta y Dionís, y al ver á Diana descubierta y á Hugo allí, demuestran su desesperación y se quedan escuchado.)

ESCENA XIV

DIANA, HUGO, COLETA y DIONIS

HUGO. ¿Por qué resistes, si soy tu sino?

DIANA. Me has de perseguir mientras viva, y si no te venzo en la lucha, con mi muerte se va á librar la humanidad de un enemigo. Mi muerte es tu muerte. Con el cuerpo que muere desaparece la sombra que le persigue.

HUGO. ¿Y cómo has de vencer? Hoy mismo y en ardiente pira se abrasará tu carne.

DIANA. Hoy, aquí mismo, he de publicar tus villanías, y has de morir de vergüenza.

HUGO. ¿Y las pruebas? ¿A quién han de creer entre una hereje que acusa sin pruebas y un caballero honrado?

DIANA. (Convencida y con desdén.) A la mentira, al dolo, al crimen: no me cabe duda.

COLETA. Al pueblo, padre, al generoso pueblo debemos acudir. (Vanse Dionís y Coleta por la derecha, corriendo. Diana y Hugo vuelven la cabeza y los ven al oír la voz de Coleta.)

HUGO. (Refiriéndose á los que se van.) ¡Deliran!

ESCENA XV

DIANA y HUGO

DIANA. ¡Quién sabe! El imperio de los malos está en la tierra; pero la humanidad por la tierra tiene que pasar para poder ir al cielo. Los buenos son los vencidos, y en sus mismas derrotas les anima la esperanza de su fu-

tura gloria: vale más ese divino consuelo que los laureles mundanos.

HUGO. No hables de esperanza cuando matas la mía. No hables de consuelos cuando desmientes tu bondad.

DIANA. ¿Qué entendéis por bondad los inhumanos? Para vosotros la bondad es la servil sumisión. Estáis acostumbrados á que el miedo y la adulación os bese las plantas, y es bueno nada más el que se humilla. Codiciáis una mujer y es la suma bondad si se doblega á vuestros deseos: si se resiste, vuestro furor la combate, y ó cede por la fuerza, ó se la mata.

HUGO. ¿Quién no codicia á la mujer á quien ama? Mi amor será empeño terrible; pero es amor. No me desesperes más.

DIANA. Amor es todo lo hermoso: lo que nos place; lo que dulce y sereno nos convida con la felicidad; lo que nos sonríe. No es amor lo fuerte y lo terrible, lo que asusta y atormenta, lo que hiere y mata. No es amor el deseo torpe, la calumnia vil, la cobarde impudencia y la venganza miserable.

HUGO. Basta ya: no más declaraciones. ¿Tú me quieres amar?

DIANA. Es imposible. Amé á Rafael y me espera en el cielo.

HUGO. Ibas á fugarte: tienes amor á la vida, y es porque prefieres ir en busca de Juan Cabet á ir en busca de Rafael. Tú amas á Cabet y los celos me abrasan.

DIANA. ¿Tú sentir celos? Envidia y despecho es lo que sientes.

HUGO. (Violento é imperioso.) ¡Basta!

DIANA. Sí, basta. Es gran locura perder el tiempo en oírte, cuando tu felonía me tiene sentenciada á morir. (Hugo saca un papel del jubón ó de la escarcela y se lo enseña á Diana.)

HUGO. Por última vez te lo pregunto.

DIANA. (Con arranque, arrojándose sobre Hugo y luchando por obtener el papel.) Ese es mi perdón, el perdón que has robado.

HUGO. O cedes, ó le quemó.

DIANA. Es mío... ¡es mi vida!

- HUGO. Soy el más fuerte.
- DIANA. ¡Quiero vivir! (Sin dejar de luchar se van acercando á la lámpara.)
- HUGO. ¿Quieres ser mía?
- DIANA. ¡Yo te abomino!
- HUGO. (Aproximando el papel á la luz.) Sea antorcha de tu funeral.
- DIANA. (Redoblando sus esfuerzos.) ¡NO, NO! (Al ver arder el papel.) ¡Ah! (Grito desesperado. Diana, como una loca, con la vista fija en el papel que se quema, se lleva las manos á la cabeza y permanece así un momento. Hugo queda interpuesto entre ella y el papel que arde, gozando en la desesperación de su víctima. Un instante después se oyen gritos lejanos por el foro, indicadores del principio de un motin popular, que se repiten dos ó tres veces. Estos gritos van volviendo á Diana en sí, y recordando su razón, hace notar á Hugo que aún puede salvarse. En la lucha anteriormente sostenida, se le debe caer á Diana el manto, quedando como cuando se asomó á la reja.) ¡Gritos de esperanzal ¡Voces que imploran mi perdón!
- HUGO. No hay perdón para tí. (Vase precipitadamente por la segunda puerta lateral de la derecha.)

ESCENA XVI

DIANA

En cuanto Hugo desaparece registra las dos puertas de la derecha por si están abiertas, pero resisten, y dice con desconsuelo: «¡Cerradas!» Poco á poco se va situando en el centro de la escena.

¡Cerradas! ¿Estos gritos que oí, serán los cantos de mi funeral? ¿Serán himnos de mi salvación? Mi juicio se transforma. No es posible que yo muera infamada en horroroso suplicio, quemada viva, siendo inocente, cuando las aún encendidas pavesas del papel que contenía mi indulto acusan la maldad y la traición de mi enemigo. (Breve pausa, durante la cual se vuelven á oír los

gritos, pero siempre lejanos.) ¡Otra vez! ¡Cómo sufres, corazón mío! (Cae de rodillas con las manos cruzadas.) ¡A tí, Dios mío, te invoco! Hágase tu voluntad. (Queda en oración con la cabeza baja y los ojos cerrados. Por las dos puertas de la derecha, simultáneamente, entran en escena el Juez, el Escribano, un grupo de Alguaciles y un Fraile. Se abre la puerta del fondo, y aparece en ella el Verdugo vestido de rojo con un pequeño haz de leña debajo del brazo izquierdo y una tea encendida en la mano derecha. Detrás del Verdugo, y en la parte de allá de la verja, se coloca un piquete de Soldados con un tambor destemplado. Algunos grupos de gente del pueblo llegan poco después, y quedan tras la verja con los Soldados. Diana no se mueve ni se percibe de lo que pasa hasta que el Juez le dirige la palabra.)

ESCENA XVII

DIANA, el JUEZ, el ESCRIBANO, un FRAILE, el VERDUGO, ALGUACILES, SOLDADOS y GENTE DEL PUEBLO

- JUEZ. (Al Escribano, indicándole que allí está Diana.) Miradla rezando.
- ESCRIB. Está fuera de su prisión.
- JUEZ. Iba á fugarse.
- ESCRIB. Por eso adelantan la hora de su suplicio.
- JUEZ. Pretenden salvarla por medio de un motín; pero esa empresa requiere bríos y tiempo, y antes de que puedan intentarlo Diana no existirá, á no ser que declare quiénes son sus cómplices.
- ESCRIB. Poco falta para las diez.
- JUEZ. Esa es la hora que ha de sonar para llevarla al suplicio. Vamos á interrogarla por última vez. (Dirige la palabra á Diana.) ¿Señora?...
- DIANA. (Coma si volviera de un letargo.) ¿Quién es? (Al reconocer al Juez se pone de pié, rápida.) ¡Ahl La Providencia os envía. He de revelaros un secreto muy grave.
- JUEZ. Eso puede ser vuestra salvación.

- DIANA. Es segura si hay justicia y piedad en la tierra.
- JUEZ. De vos depende. Tengo el encargo de preguntaros por vez postrera, y en público, si queréis dar los nombres de vuestros cómplices.
- DIANA. ¡Lo de siempre! ¡No, y mil veces he dicho que no!
- JUEZ. Señora, pensadlo bien.
- DIANA. Miradme bien, miradme todos. ¿Tengo yo cara de tener cómplices? ¡Ah, señor Juez! ¿Pues no veis que tener cómplices es prueba de la culpa?
- JUEZ. Declarad, por vuestro bien. Dentro de breves instantes ya no será tiempo.
- DIANA. ¡Declaro que muero sin culpa! ¡Declaro que mi muerte sería un crimen, porque en virtud de un decreto del Virrey Requesens, he sido perdonada!
- JUEZ. ¡Eso es un sueño, un delirio!
- ESCRIB. Una quimera.
- DIANA. ¡Un sueño! ¡un delirio! ¡una quimera! ¿No sabéis, acaso, y lo sabe todo el mundo, que Hugo pretendió mi amor? Y aquí, ante esa santa imagen; aquí, ante ese sagrado signo de la humana redención, acaba de ofrecerme el perdón y la vida si doblegaba mi voluntad á sus deseos.
- JUEZ. (Al Escribano.) (Su manía.)
- ESCRIB. (Al Juez.) (Bien decía su carcelera.)
- DIANA. Hace un mes venía de Bruselas un correo, siendo portador de un pliego, y en ese pliego estaba escrito mi perdón. El correo fué asesinado en el camino y el papel llegó á manos de Hugo, y creyéndose fuerte de ese modo, vino el cruel á exigirme amor á cambio de mi vida. De sus labios he oído la infamia que os relato. ¿Es posible mi suplicio?
- JUEZ. ¡Pruebas, pruebas de lo que decís!
- ESCRIB. ¡Testigos hacen falta!
- DIANA. (Mostrando las pavesas del papel que se quemó.) Las pruebas que puedo presentar son estas cenizas.
- ESCRIB. ¡Un papel quemado!
- DIANA. Por testigos tengo esa santa imagen, esa cruz y esa

- lámpara cuya llama ha servido para quemar el documento. ¡Dios os ilumine y tenga misericordia de mí!
- JUEZ. Las pruebas nada dicen, y aunque los testigos son buenos, son mudos.
- DIANA. ¿Y he de morir?
- JUEZ. (Al Escribano.) (¿Qué opináis?)
- ESCRIB. (Al Juez.) (Puede ser todo ello una fábula para demorar su suplicio.)
- DIANA. ¿Y he de morir? Contestad.
- JUEZ. A las diez. (Dan diez campanadas.)
- ESCRIB. ¡Esa es la horal!
- DIANA. ¡Oh! (Exclamación de horror. Breve pausa. Gira la mirada con extravío en torno de sí, y habla con exaltación.) ¡La hora! Hombres inhumanos y perversos, ¿así injuriáis á la justicia? Soy inocente, y me sentenciáis; me perdonan... no, no me perdonan, me hacen justicia los que mandan y me queman, los que, torpes y ciegos, obedecen á la maldad, despreciando lo justo del mandato. ¡La horal! Es el instante escogido, la víctima está indefensa y el suplicio preparado, ¿qué importa lo demás? Es preciso el escarmiento, el espectáculo, y urge martirizarme. Las pruebas de la inocencia, la evidencia de mi absolución, vendrán luégo, cuando convertidas mis carnes en ceniza se haya cumplido el fallo de mi bárbaro destino. ¡Ah, desdichada edad! (Va cobrando entereza y serenidad.) ¡Aquí el verdugo... allí la hoguera... la curiosidad en los rostros y el miedo en el corazón! ¡Dios no os ha de perdonar y la historia tampoco! ¡Prended, atormentad, sentenciad, quemad sin misericordia, avivad las llamas de las piras, y al rojo resplandor de las hogueras, llenad el mundo de luz que lo ilumine y de fuego que lo purifique! ¡Y veréis entonces cómo llegan tiempos de humanismo y de piedad, y cómo los que hoy son lugares de suplicio, se transforman en altares suntuosos que glorifiquen á las víctimas! ¡Esos tiempos llegarán, mi espíritu lo adivina, y la raza humana honra-

rá á los justos, á los buenos y á los mártires, haciendo imperecedera su memoria!

JUEZ. Ha sonado la hora.

DIANA. Pues vamos ya. (Asiéndose del Fraile.) Vamos, padre, vamos á esperar la justicia del cielo. (Vase por la puerta de la verja del fondo, precedida y rodeada de Alguaciles. El Verdugo va delante de todos, el Juez y el Escribano detrás de Diana, y cierran el cortejo los Soldados, haciendo sonar la caja. Las mujeres del pueblo siguen al piquete, pero los hombres se quedan tras la verja, cuya puerta se vuelve á cerrar. Entra Hugo en escena por una de las puertas de la derecha. Aparecen Coleta y Dionís detrás de la verja y unos hombres con haces de picas y espadas y las reparten entre los hombres del pueblo. El cortejo se va alojando y el tambor va poco á poco amortiguando el ruido de sus golpes.)

ESCENA XVIII

HUGO, COLETA, DIONÍS y GENTE DEL PUEBLO

HUGO. (Aquí habrá soledad. Aquí he de ocultar mi vergüenza y mi derrota.)

COLETA. (Blandiendo una espada.) ¡Á salvarla, ó á morir!

DIONIS. ¡A salvarla!

HUGO. (Refiriéndose á los que hay tras la verja.) ¡Imbéciles! (Vanse todos menos Hugo.)

ESCENA XIX

HUGO

¡Por fin calló la destemplada caja! Sus golpes sentía yo aquí en lo interior del pecho, lo mismo que si sobre el corazón me descargasen ciclópeos martillazos. ¡Miseria humana! ¿De qué sirve el poder vencido por la voluntad de un sér débil? ¿De qué sirve el deseo

arrogante de la fiereza ante la apacible resistencia de la virtud? ¡Yo, humillado, y ni siquiera me queda el placer de matar su memoria! ¡Ni siquiera esa venganza! Ella, Diana, va al suplicio como á sus nupcias con Rafael. Un ¡ay! un pequeño dolor, la muerte... ¡y es feliz! Muere venerada, llena de piedad y amor. Flores sembrarán en la tierra que la sepulte y serán reliquias los huesos y los cabellos de la mujer que me desdeñó. ¡Y yo, aquí, vencedor vencido, silbado por el respeto, y el miedo y el terror que infundo! ¡Pero ¡no! ¡no! Bien muerta está. En el mundo de los vivos está Juan Cabet. El dolor de ese hombre, su condenación en vida, ¡esa es mi victoria!

ESCENA XX

HUGO y JUAN

Juan con botas de montar y espuelas entra en escena por la primera puerta lateral de la derecha. Llega afanoso con un pliego de papel en la mano. Al entrar no repará en Hugo, que en dicho momento ha de hallarse en segundo término cubierto por la cruz; pero Hugo sí ve á Juan desde el primer instante.

HUGO. (Al ver á Juan.) ¡Cabet! Satanás le trae.)

JUAN. Este es el patio... aquella es la prisión de Diana. Pero ¡qué soledad! No hay centinelas, ni carceleros, ni jueces. ¿Habré llegado tarde? (Se oye dentro, á lo lejos, un gran vocerío confuso y prolongado. Juan se asoma á la verja, por la parte de la izquierda, para oír mejor.)

HUGO. ¡Cómo voy á gozar en su desventura! (Vase con sigilo, por la primera puerta lateral de la derecha, cerrando la puerta después de haber salido.)

ESCENA XXI

JUAN

Esos gritos... el silencio que aquí reina... (Se acerca á la puerta del pabellón y escucha.) Nada se oye. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Habrá muerto? ¿La estarán quemando? ¿Irá á morir cuando de nuevo tráigo su perdón, ese perdón misteriosamente robado? ¡Ah, no, no! Esos lejanos gritos son una revelación. Diana está en el suplicio. Quizás es tiempo de salvarla, si acado diligente. (Corre hacia la puerta por donde entró, la encuentra cerrada y la golpea con desesperación. Después acude á la segunda puerta.) ¡Cerrada! ¡Abrid, abrid! ¡Maldición! La han cerrado tras de mí. ¿Y por dónde?... Otra puerta. ¡Cerrada también! ¡Hugo! ¡Hugo! Reconozco tu maldad. (Se dirige á la puerta central de la verja.) Esta es otra salida. No cede... se abre por fuera... ¡y otra vez se oye gritar! (Otra vez se oyo el lejano vocerío.) ¡Diana! ¡amor mío! ¡no me acuses si mueres! ¡Yo también me muero de dolor! ¡Ah! Trepando por la verja, podré salir. (Empieza á trepar por la verja, cuando se abre la primora puerta lateral de la derecha y entra Hugo en escena seguido de un Soldado. A la voz de Hugo, Juan detiene su ascensión.)

ESCENA ÚLTIMA

JUAN, HUGO y un SOLDADO, que entra y se va en seguida.

HUGO. (Al Soldado.) Cierra por fuera y vete. (Vase el Soldado.)

JUAN. ¡Hugo!

HUGO. Antes que puedas traspasar la verja, he de matarte.

JUAN. (Dirigiéndose á Hugo.) ¿Y Diana?

HUGO. En el suplicio.

JUAN. ¡Asesino! ¡Abre, abre! ¡Manda abrir!

- HUGO. Después del toque de agonía. (Se oye de nuevo el vocerío lejano como antes, pero más fuerte y prolongado.)
- JUAN. Tú fuiste, tú, el que interceptó el perdón de Diana, de esa mártir, de esa mujer cuya vida es mi vida pero aquí le traigo otra vez. ¡Abre!
- HUGO. Inútil porfía. Ese perdón que traes es mi denuncia. Ese perdón es la vida de la mujer que tú amas, y antes la quiero muerta que en tus brazos.
- JUAN. ¡Abre, ó te mato! ¡Abre! (Desnuda la espada. Hugo hace lo mismo.)
- HUGO. Cuando su alma suba al cielo.
- JUAN. Cuando la suya suba al cielo, la tuya bajará al infierno. (Ataca con brío á Hugo, que se defiende.)
- HUGO. Y tú quedarás en el infierno del dolor.
- JUAN. ¡Muere, miserable! (Hugo cae herido.)
- HUGO. No la verás... más.
- JUAN. Todavía puedo llegar. ¡Ayudadme, Dios del cielo! (Corre hacia la verja. Dentro se oye ruido lejano como de lucha y gritos más fuertes y prolongados que las veces anteriores.)
- VOCES. (Dentro.) ¡Hurr! ¡muera! ¡viva!
- JUAN. Gritos de victoria.
- HUGO. ¡Voces malditas!
- JUAN. Aún es tiempo. (Va á trepar por la verja, pero una campana de iglesia da el toque de agonía. Juan cae de rodillas, deja caer la espada, se cubre el rostro con las manos y llora.) ¡Muerta!
- HUGO. (Incorporándose por un gran esfuerzo.) He vencido. (Cae muerto y se baja el telón, oyéndose aún el lento y lúgubre toque de la campana.)

FIN DEL DRAMA

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL
PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.